

¿Qué pasaría si...?

Densed Again

¿Que pasaría si...?

SpinOff
Saga

^ L | E N

Parte 1

Capítulo 1

Capítulo 1

- La Llegada de la Reina -

La gran reina sintió como su cuerpo comenzaba a despertar. La larga hibernación había terminado y ahora cada parte de ella, cada músculo, cada nervio, le pedía que se pusiera de pie y que comenzara a moverse. Así lo hizo, aunque algo entumecida.

Poco a poco su enorme ser se fue irguiendo, apoyándose sobre sus fuertes piernas que lograron mantener en un equilibrio perfecto toda aquella masa de músculos. Instintivamente se estiró cuanto pudo y los miembros agradecieron que lo hubiera hecho. Había sido reconfortante. Entonces fue cuando se dio cuenta de que algo no andaba bien. El sueño se había interrumpido, pero cerca no había ninguna de sus crías, algo extraño. Quienes eran las encargadas de despertarla eran ellas, ya fuera porque encontraron alimento, o bien, un lugar mucho más seguro para habitar. Su ausencia le inquietaba, por tanto se concentró en sentir que había a su alrededor.

Aire.

Un aire frío golpeó su coraza, haciéndole saber que ya no estaba en el lugar donde había caído dormida. La gran cueva que usaba como refugio y hogar había sido reemplazada por una gran extensión de nada. Bajo sus pies sintió la tierra mezclada con algo que no conocía, algo que le daba cosquillas, algo desconocido. Por primera vez en mucho tiempo sintió temor.

-No puede ser... esto no era lo que quería-

La reina escuchó algo. Su cabeza giró un poco y encontró una criatura pequeña, mucho más pequeña que ella, quien parecía estar mirándola.

Nunca había visto algo así y no sintió que fuera una amenaza, por tanto su curiosidad se sobrepuso al temor que la invadía.

-Pero creo... que podría servir-

La pequeña criatura dio unos pasos hacia delante sin titubear, una actitud que alertó a la reina.

-¡Obedeceme!- Gritó de repente.

Intimidada, la reina reaccionó, o mejor dicho su cola lo hizo, rápida y mortal; un ataque hecho para matar. La punta en forma de lanza atravesó a la criatura de lado a lado, la cual solo logró emitir un leve sonido antes de morir, algo que la reina no pudo comprender.

-Im... po... sible-

Los ruidos de agonía fueron reemplazados por el sonido de gotas cayendo al suelo. La reina utilizó su cola para acercarse lentamente al cuerpo de la criatura hacia ella y así verlo más detenidamente. Era pequeño, aunque no tanto comparado a lo que usualmente comía. Por otra parte, olía bien. No pudo resistir dar un bocado, y lo que probó, le gustó. La carne era placentera. Devoró el resto con ansias rápidamente, hambre de un estómago vacío que luego de terminar pedía más a gritos... pero no había tiempo para eso.

La reina volvió del frenesí que había experimentado y encontró que ahora si estaba sola, por lo que el temor volvió tan fuerte como antes, aumentado por la sensación de encontrarse en un espacio tan abierto. Aun así, comenzó a caminar sin rumbo fijo, concentrada en encontrar un refugio.

Tras un largo rato, poco a poco a lo lejos fueron apareciendo figuras que llamaron su atención, enormes objetos que se elevaban por encima de ella y que se extendían a ambos lados una gran distancia. La reina, quien nunca había visto un bosque, se sintió atraída y aunque estaba alerta ante

cualquier ataque, casi al instante entendió que aquello no podía dañarla. Aun así, decidió esperar antes de seguir adelante. Estática, escuchó todo a su alrededor hasta que sus instintos le avisaron que no había peligro, por lo que decidida, dió el primer paso.

Una vez en el bosque, sintió como si siempre hubiera deseado estar ahí; la tranquilidad llegó de inmediato. El lugar le ofrecía una cobertura que disipaba todos los miedos que había sentido y le otorgaba la seguridad que había sentido en su antiguo hogar. Para ella, fue una sensación agradable.

Camino un largo rato, adentrándose cada vez más en el oscuro paisaje. Los pequeños animales que merodeaban huían al verla, posibles presas que ella ignoraba. No tenía caso en gastar energía en comida de tal tamaño.

De pronto llegó a un lugar donde el ruido era constante, un ruido nuevo para ella, un ruido que estimo no era indicio de peligro. Era un gran río que avanzaba caudaloso, otro elemento nuevo para la reina que en su tierra natal nunca había visto, pero que al acercarse supo que era agua.

Nunca la había visto en tan grande cantidad, así que no dudo en entrar. El río no era lo suficientemente profundo para cubrirla entera, pero sí para poder zambullirse, lo que hizo varias veces. Le gustó sentir tal frescura en el cuerpo, sentir el agua recorrer parte de su coraza y limpiarla después de tanto tiempo. La reina permaneció quieta, sintiendo fluir el agua a través de sus piernas y con su cuerpo brillando a luz de la luna.

No sabía cómo había llegado a donde estaba ahora, pero comenzaba a gustarle. Aun así, estaba inquieta por la falta de sus crías ¿Dónde se encontraban? ¿Estarían muertas? Aquello sería terrible, pero era el deber de las crías sacrificarse para que la reina permaneciera con vida y tuviera oportunidad de iniciar una nueva colonia. Quizás algo peligroso había ocurrido y su cuerpo tuviese que haber sido arrastrado fuera de la cueva, a un lugar que ella no conocía.

De pronto, a lo lejos vio una luz que apareció tan solo unos instantes. La reina quedó inmóvil dentro del río, con la mirada fija en el lugar, tratando de averiguar por cualquier sentido que había ocurrido, pero antes de poder entender algo la luz volvió a aparecer. Entonces claramente llegaron sonidos similares a los hechos por la criatura que había comido antes. Su estómago rugió de hambre y la reina salió del agua para dirigirse hacia el lugar. Al principio camino rápido para no perder el rastro, pero luego se tranquilizó, recordando el momento cuando la criatura se había acercado hacia ella sin miedo. Su actitud le había inquietado. Una criatura que no le tenía miedo era una criatura capaz de defenderse, o así al menos lo había aprendido en su antiguo hogar. Por tanto tenía que tener cuidado, pero la

cacería siempre involucra riesgo y en ello era muy buena.

El camino había sido largo y tedioso, aburrido e incómodo, y casi inaguantable por la falta de una buena montura, pero al fin había llegado al hogar de sus padres. Con el cuerpo adolorido por dormir a la intemperie, Demerek podía ver a lo lejos la aldea Bresta, imagen que había venido a su mente durante las pocas horas que había dormido y que ahora se volvía realidad frente a sus ojos. Bresta era donde había nacido y crecido, junto a sus amigos de infancia, junto a sus padres y junto a los animales que debía cuidar de vez en cuando. Pero a los diez años había demostrado aptitud para el uso de la magia, momento que uno de los soldados de la guardia había presenciado. No tardaron en llegar los "reclutadores" para llevarlo hacia la ciudad de Kanaris.

-No se lo llevaran. Es nuestro hijo- Había dicho la madre.

Pero era inútil. El grupo se lo llevo de todas formas, aunque era entendible. Cualquier persona que mostrara aptitud para el uso de la magia debía ser llevado de inmediato a Kanaris por seguridad. Enemigos de los reinos vecinos siempre estaban rondando por las aldeas, y en cuanto encontraba a alguien así, lo secuestraban, y si no lo lograban, lo asesinaban. Los magos eran los soldados más fuertes que un reino podía tener, por tanto no podían dejar que incrementaran las filas en los ejércitos enemigos.

En Kanaris, el pequeño Demerek había aprendido a controlar la magia, creciendo en un ambiente de magos que, si bien al principio no le gusto, al final se acostumbró. De vez en cuando visitaba a sus padres, pero ellos lamentaban no haber podido verle crecer. La única ventaja de que su hijo estuviera siendo educado como mago era que podían esperar que este creciera mejor que los demás niños, quienes solían pasar hambre en épocas crudas de cosechas o podrían morir por el ataque de bestias

salvajes.

-La aldea ha crecido mucho... Como pasa el tiempo- Comentó Demerek para sí mismo.

Desde su última visita habían pasado cuatro años, todo debido a la maldita guerra que mantenía a cualquier soldado del reino a disposición de las órdenes del rey. Sin embargo, una carta enviada por su padre mencionando que su madre estaba muy enferma lo había hecho actuar para, por cualquier medio posible, conseguir el permiso para visitar la aldea. Al final lo había logrado, aunque hubiera viajado de todas formas si no lo hubiesen dado. El problema estaba en que tenía que viajar discretamente, ocultando su identidad para evitar ser capturado por el enemigo. Crecer no significaba ser inmune al secuestro o al asesinato.

Demerek apresuró el caballo, ansioso por volver a ver su antiguo hogar. El animal siguió un camino invisible en un mar de hierba alta que se extendía hasta la aldea misma. Los olores le traían viejos recuerdos al ahora nostálgico Demerek, quien de pronto se encontró a unos pocos metros de la primera casa. Allí vio a un anciano que parecía tener la vista fija en él. No tuvo que avanzar mucho más para reconocerlo.

-¡Narma!- Gritó incapaz de contenerse.

El anciano sonrió, al parecer reconociendo la voz del recién llegado.

-Trevor. Cuánto has crecido, muchacho. Hacía años que no te veía-

-Cuatro años exactamente, y tú no has cambiado ni un poco. Sigues igual de joven-

-Me mantengo como todos en mi familia. Es cosa de herencia-

-Ojala fuera parte de tu familia. Me gustaría mantenerme joven por siempre- Dijo Demerek riendo a la vez que bajaba del caballo para darle la mano al anciano -¿Qué haces aquí a estas horas?-

-Me gusta venir en la mañana para ver llegar a los forasteros, aunque eres el primero en meses-

-La guerra ha detenido casi todo. Es raro ver gente viajando ahora-

-Siempre es de esa forma ¿Y como va la guerra? Aquí estamos tan alejados que apenas nos llegan noticias-

-Se ha detenido de momento. Los reinos han tenido muchas bajas y ahora hay una tregua "no hablada", por decirlo de algún modo. Pero en cualquier momento podría empezar de nuevo el combate. Ninguno de los dos lados a dado intenciones de volver a la paz-

-Lamentable. Solo espero que termine pronto-

-Lo mismo digo-

Demerek camino junto al anciano hacia el interior de la aldea. Noto que muchas casas habían sido construidas y ahora el lugar parecía mucho más grande. Personas nuevas por todos lados, quienes volteaban la mirada para observar al recién llegado. Demerek pensaba en quienes de ellos serían hijos de sus antiguos amigos, o bien, nuevas familias. Narma sonrió al adivinar el pensamiento.

-Las familias han crecido, muchacho. Pero algunas personas han llegado desde otros lugares, familiares de personas que ya vivían aquí. La guerra

tiende a unir a las personas-

-Es un extraño efecto-

-Tomos temen morir solos, aunque no lo digan-

La conversación se prolongó un rato hasta que Narma dijo que debía volver a casa antes de que pensarán que había muerto en el camino y salieran a buscarlo asustados. Demerek rió de buena gana y le dio unas palmadas en la espalda. Estaba alegre de verlo. Narma solía regalarle cosas a los niños, seguramente una forma de recordar a su primer hijo, muerto durante una gran peste, y él había sido uno de los niños que había recibido el cariño del anciano.

-¡Hijo mío!- Gritó alguien de repente.

Demerek volteo y se encontró a su padre. Estaba tal cual como lo recordaba, o eso pensó al principio, ya que al mirarlo detenidamente se dio cuenta lo envejecido que estaba. Tenía canas y arrugas que Demerek no recordaba y su andar era algo encorvado. Los años no pasaban en vano. El hombre se acercó rápidamente y le dio un fuerte abrazo, el cual devolvió también con mucha fuerza.

-Que bueno volver a verte, hijo- Dijo en un sollozo el padre.

-Papá- Susurró Demerek al borde del llanto.

La reunión esperada por años por fin había llegado.

-¿Cómo ha ido el viaje?-

-Muy bien. Mi trasero se ha acostumbrado a la montura-

El padre ríó con la misma risa que Demerek recordaba desde pequeño.

-Te dije que los traseros se amoldan-

Las risas se prolongaron mientras caminaban rumbo a la casa, hablando un sin fin de cosas, contando anécdotas de conocidos y, sobre todo, preguntando por cómo la vida los trataba. Demerek no tardó en preguntar sobre su madre.

-Ha estado muy enferma, pero ya pinta para mejor. Hubieron días que pensé que... bueno, tu sabes-

-Debe haber sido duro-

-Si que lo fue. Por eso escribí la carta-

-Ojala hubiese venido antes-

-Tienes tus deberes, hijo. Pero ahora mamá esta mejor, asi que podemos estar tranquilos-

Demerek sonrió con unas lágrimas cayendo por sus mejillas. En poco llegaron a la casa, donde su madre yacía acostada en una cama, descubierta solamente la cabeza. Al acercarse, su madre lo vio y se puso

a llorar tan descontroladamente que Demerek la abrazó. Así, juntos lloraron un largo rato.

-Hijo mío. Me alegro que estés aquí- Logró decir la madre finalmente - Pensé que no te volvería a ver-

-No digas eso mamá. Vine en cuanto recibí la carta-

-Ya veo, pero ahora no tienes que preocuparte. Me siento mucho mejor-

-No sabes cuánto me alegro. Papá me contó todo. Esperaremos que te recuperes del todo para celebrar de buena manera-

La madre sonrió y Demerek notó que ella también había envejecido bastante. No obstante, conservaba aquella dulce sonrisa que, con solo verla, sentía que todos los problemas no eran más que pequeñeces.

-Pronto podré caminar de nuevo. Espero me acompañes en esos paseos que dábamos cuando eras niño-

-No tienes ni que preguntar-

La conversación siguió mucho tiempo, donde el padre se dedicó a cocinar el almuerzo. Al caer la noche, la madre se quedó dormida y Demerek se sentó fuera de la casa con su padre para fumar pipa. Hacía años que no probaba la yerba que este cultivaba para uso propio, una de las mejores que había probado, incluso de aquellas que solía encontrar en la ciudad.

-Extrañaba todo esto-

-¿Salir a fumar?-

-Eso y toda la tranquilidad que hay aquí. La ciudad donde estoy es interesante, pero le falta tranquilidad, le falta este ambiente-

-Es mejor así, porque así tenemos una excusa para que nos visites-

Demerek sonrió y luego de un rato se fue a dormir. Despertó durante la noche, poco acostumbrado a un silencio de tal magnitud. Su madre dormía aún, al igual que su padre, por lo que salió a despejarse un poco e intentar conciliar el sueño otra vez. Afuera el aire estaba tibio y las estrellas iluminaban la noche. Respiró hondo al sentirse tan vivo en un lugar tan quieto, pero de pronto sintió algo fuera de lugar.

Un extraño escalofrío recorrió todo su cuerpo, un sentimiento momentáneo que lo puso en alerta. Miró a lo lejos, donde sabía que se levantaba un gran bosque que se extendía hasta el otro reino, aunque no era eso lo que estaba en su mente.

-Acaso fue...-

Esperó un largo rato, para ver si la situación se repetía, pero no fue así. Su padre salió de la casa, despertado por el ruido que el mismo Demerek había hecho al abrir la puerta. Al ver la expresión de preocupación en su rostro, se extrañó.

-¿Que pasa?-

-...He sentido el uso de magia-

-¿Qué?- Preguntó su padre, asustado -¿Aquí en la aldea?-

-No. Hacia el bosque, aunque muy lejos. Pienso que en el territorio de Bakram-

El padre quedó pensativo. El reino de Bakram estaba muy lejos, demasiado para siquiera imaginar el porqué su hijo tenía esa cara.

-Entonces, no tenemos que preocuparnos... ¿oh sí?-

-No lo sé- Respondió Demerek seriamente -Sentir magia a tal distancia significa que se ha usado una gran cantidad. No quiero ser negativo, pero dado los tiempos, me preocupa un poco-

Hubo un silencio incómodo durante un largo rato, roto por la esperada pregunta que ambos sabían que debía hacerse.

-¿Piensas marcharte?-

Demerek se volteo para responder con sinceridad.

-No- Dijo -No tiene caso ir solo a ese lugar. Solo seria arriesgarme a que me capturaran, pero mañana a primera hora escribiré una carta a mi superior. Se demorara en llegar, y seguramente demoren más tiempo en enviar a alguien, pero no dejaré a mi familia. Es tiempo que deje de lidiar con los problemas de otros. Solo me dedicaré a estar atento a cualquier

cosa-

-Me alegra escucharlo, hijo. Ahora vamos a dormir. Quizás podamos levantar a tu madre mañana para dar un paseo-

-Sería estupendo-

La noche no fue apacible como Demerek había planeado. En su mente aún estaba la preocupación de aquel sentimiento, por lo que permaneció en vela. Aun así, nada más ocurrió. Al final decidió no darle más importancia y esperar la respuesta de su superior. En tanto, disfrutaría de su familia cuanto pudiera. Quizás no fuera nada, pero si fuera algo, no era problema suyo. Él tenía otras cosas en qué concentrarse, como recuperar el tiempo perdido.

Alkraz se despertó en la noche, asustado. Había tenido una pesadilla horrible, donde sombras desconocidas se abalanzaron sobre él, como fantasmas vengativos. Cada cierto tiempo le pasaba, producto de las numerosas muertes que había provocado con su espada. Era inevitable. Además, el éxtasis de haber llevado la misión encomendada con gran éxito, seguramente era un buen condimento para provocar tales sueños.

Ya más descansado, estiró su cuerpo y se levantó para orinar. Sus hombres yacían dispersos por todos lados, durmiendo plácidamente. La bebida había hecho lo suyo con cada uno y los envidio por ser tan despreocupados. Como líder, no podía darse ese lujo a menos que quisiera amanecer con la garganta cortada. Recordó la ocasión en que estuvo a punto de morir por estar ebrio, pero por suerte su enemigo lo estaba más que él y en vez de cortarle el cuello, cortó parte de la cama en donde estaba.

-No pienses en eso- Se dijo -Solo te traera mas pesadillas-

Avanzó hacia un lugar que considero perfecto para descargar y durante el proceso notó que no había nadie de guardia. ¿Quién tenía que ser el primero? Recordó que Kalan se había ofrecido para hacerlo. A ese tipo siempre le gustaba hacer la primera guardia para poder dormir durante la noche.

-Kalan, ¿Dónde estás?- Preguntó al aire, pero no tuvo respuesta.

Sintió temor al pensar que podrían haberlos seguidos, pero de ser así el campamento a esas alturas tendría que ser todo un caos. Terminó de hacer lo suyo y se dedicó a buscar a Kalan por los alrededores. Ni pista de él, y lo más extraño, tampoco estaban sus cosas. El temor que había sentido antes volvió, pero ahora producto de la ausencia de uno de sus hombres. Si sus pertenencias no estaban, solo significaba una cosa. Kalan se había marchado, pero ¿por qué?.

Entonces un recuerdo vino a su mente, un momento de hacía unos días que le pareció extraño. Durante la misión, solo ellos dos habían entrado al castillo para robar el libro, recorrido en el cual Kalan no había mostrado señal alguna de entusiasmo. Eso cambió cuando lograron dar con el dichoso objeto. Su cara se llenó de júbilo durante un breve tiempo e incluso pareció que iba a dar una carcajada, pero se contuvo. Aquello había sido extraño. Ver una expresión así en el rostro de un hombre que solía ser sereno, tranquilo y aburrido le generó una sensación de inseguridad, pero al volver al campamento lo había olvidado... hasta ahora.

-No puede ser-

Alkraz corrió hacia su cama y tomó su bolsa. Todo parecía normal, pero cuando metió la mano para buscar entre sus cosas, no encontró lo que buscaba. El miedo se intensificó cuando la volteó, algo inútil porque era

evidente que le faltaba el maldito libro.

-¡Maldición!- Gritó.

Muchos despertaron sobresaltados por el grito, tomando sus armas al ponerse de pie, pero no había ataque, solo un jefe furioso que echaba maldiciones por montones.

-¡Kalan! ¡Ese mal nacido nos ha robado! ¡Robo el libro que teníamos que entregar! ¡Hay que atraparlo!-

A pesar de estar borrachos, los hombres comprendieron el asunto y rugieron de furia mientras comenzaban la búsqueda. Tras un rato encontraron las huellas de un caballo que se alejaba, aunque parecían de un buen tiempo atrás.

-¡Muy bien!- Dijo Alkraz concentrado en atrapar al ladrón -¡Rabek, vienes conmigo junto con Varla! ¡Los demás sigannos cuando desarmen el campamento! No dejaremos que el bastardo se salga con la suya-

Rápido como el viento, el grupo galopó en dirección del rastro en una noche que las estrellas iluminaban lo suficiente para poder ver a alguien a la distancia.

-Cuando lo alcancemos, no lo maten. Le enseñaremos que les pasa a las sucias ratas- Ordenó Alkraz lleno de ira, pensando que tendrían que galopar día y noche para poder darle alcance al sucio traidor.

Las figuras se perdieron a lo lejos sin saber que en todo aquel problema había un detalle muy importante, un detalle que Alkraz ni siquiera había imaginado. Durante la noche del robo, el buen Kalan, quien ocultaba su identidad de mago desde que formó parte del grupo, había dado

somníferos creados por el mismo a todos los presentes con el fin de no tener que preocuparse de que alguien despertara y arruinara sus planes. Si bien en su mente había estado la idea de matarlos, desistió al querer ver que expresión pondría su jefe una vez dieran con él y con lo que tenía planeado hacer con el libro. Por lo tanto, Alkraz seguía un rastro antiguo, un rastro de hace cinco días precisamente, tiempo que pasó durmiendo tal como Kalan había estimado. Había sido el robo perfecto.

-¡Miren quienes llegan! ¿Cómo estuvo la caza?- Pregunto Mirme aun con un trozo de pan en la boca.

Desde los árboles llegaban los compañeros que habían partido durante la tarde. Tres hombres en total, cargados de animales muertos que dejaron sobre una mesa construida totalmente de madera.

-Nada mal, pero tuvimos que caminar bastante. Los animales se han alejado un poco de la región-

-Habrà que andar con cuidado. Eso solo puede significar que hay bandidos cerca-

-Esos malditos ahuyentan las presas cuando llegan al bosque a refugiarse-

-Entonces manténganse alerta. No me gustaría ser atacado durante nuestra permanencia aquí-

-¿Qué pasó con Desmir? ¿Aún no vuelve?-

-No, aun no. Espero no tengamos que salir a buscarlo-

-Típico de los nuevos-

Concentrados en un mapa que tenían sobre la mesa, el grupo se dedicó a conversar sobre la ruta que habían tomado para la caza, y es que era importante anotar todo eso para realizar la comparación con el año anterior. Hacía un mes que estaban en el lugar de siempre, que era el sitio donde se alojaban para cazar durante toda la temporada y que usaban todos los años. Habían construido algunas casas, algo básicas, pero lo suficiente para mantenerlos calientes. De hecho, si bien sólo eran seis personas, habían hecho lo suficiente para hacer crecer el lugar tanto como una aldea. Mirme siempre decía que no se mudaba ahí solo por el hecho que los animales estaban una temporada en aquella parte del bosque y después se marchaban.

-Traigan los cuchillos. Vamos a preparar estas hermosuras- Dijo alguien refiriéndose a los animales cazados.

Nadie obedeció, ni dijo nada. El hombre volteó extrañado ante la ausencia de respuesta y encontró a Mirme con los ojos muy abiertos, una expresión de espanto que nunca había visto en él. Parecía estar mirando algo a lo lejos, algo que estaba muy alto. Volteo para dirigir su mirada hacia el sitio y no vio más que la oscuridad de la noche, aunque esta parecía diferente; el resplandor que generaba el fuego se reflejaba en dicha oscuridad.

Extraño, muy extraño.

Pasó un tiempo antes de que lograra ver a la enorme monstruosidad que tenía frente a sí, alta y de un aspecto terrible. La criatura, con una

enorme mano de dedos largos, sujetaba hacia abajo la rama de un árbol que parecía estorbarle y desde allí los observaba, como si hubiera estado espiándolos durante un buen rato.

Estaba quieta, pero detrás de ella una enorme cola se movía lentamente de un lado a otro. Una criatura así no la había visto nunca, ni en sus más horribles pesadillas.

-¿Qué... es eso?- Logró preguntar, pero nadie respondió. En el lugar, la criatura movió su boca, abriendo lentamente sus fauces.

Entonces la saliva de la bestia cayó de forma abundante hacia el suelo, algo que no logró desviar la atención de todos, concentrados en los enormes dientes que brillaban ante la luz de las antorchas.

Fue así como llegó el caos.

El grupo intentó correr, horrorizados, pero la criatura fue rápida. Con tan solo algunos pasos logró darles alcance. Su cola se movió en un golpe que solo Mirme, quien corría mientras miraba hacia atrás, logró predecir. Al lanzarse al suelo, sintió como una rafaga de aire pasaba sobre su cabeza, lo que le indicó que había esquivado el golpe. Pero sus compañeros no tuvieron la misma suerte y sus cuerpos volaron hacia el lado como muñecos de trapo, perdiéndose en las sombras del bosque. Mirme se dispuso a ponerse de pie para seguir corriendo, pero una de sus piernas fue aplastada con gran fuerza.

-¡Arrggggh!-

El grito fue estridente y cargado de terror, intuyendo que la criatura había sido quien pisó su pierna. No había escapatoria. Lentamente, unos dedos delgados y largos rodearon su cintura y lo levantaron con gran facilidad. La criatura lo acercaba hacia ella, donde sus rasgos comenzaron a hacerse más notorios. Una cabeza enorme que se prolongaba hacia atrás como una cresta colosal y una boca con enormes dientes de los cuales brotaba

saliva que caía al suelo constantemente.

Entonces el sonido de un leve chillido, casi como una música para el final.

-¡Nooooo!- Grito Mirme tratando de liberarse.

Era inútil. La criatura tenía una fuerza enorme. Al final, lo último que vio fueron las fauces abriéndose frente a su cara, una imagen terrible que no tendría que recordar porque al instante que la vio, había muerto.

La reina estaba de suerte. Había dado con un grupo de criaturas parecidas a la anterior. Tenía comida de sobra y se dio el tiempo de disfrutar cada bocado. El lugar donde los había encontrado también parecía bastante acogedor, sobre todo porque era un espacio pequeño libre de árboles, por lo que moverse no era tan difícil.

Mientras comía, sintió como uno de sus antiguos instintos comenzaba a resurgir. Tomar la decisión no fue difícil. No sabía que había ocurrido con sus crías, pero era hora de reemplazarlas. La comida le había dado la energía suficiente para comenzar el proceso.

Una nueva colonia para un nuevo hogar.

Capítulo 2

Capítulo 2

- El Grupo a Escoger -

El capitán Davion caminaba hacia el castillo. Su presencia había sido solicitada urgentemente y, aunque no le habían dicho el porque, estaba seguro que era referente al tema de la guerra. Ya habían pasado casi tres meses desde que las batallas cesaron y las tropas de cada reino habían retrocedido. Había sido en el momento preciso, porque los soldados comenzaban a mostrar la fatiga acumulada, con rostros que parecían casi tan muertos como aquellos cuerpos que quedaban desperdigados en los campos de batalla. Aun así, el capitán no estaba contento. Su pesimismo recaía en dos puntos claves. Uno era el número de bajas, mucho más numerosas que en guerras anteriores, y otro era la ganancia. Si se miraba de manera objetiva, la guerra no había traído ningún beneficio. Para empezar, no se habían ganado tierras y las fronteras seguían intactas. Tampoco se había dado un golpe severo a la confianza del enemigo y ningún enemigo importante estaba prisionero o muerto. Resumido, eso solo podía significar que el combate se reanudaría en cualquier momento, y él estimaba que sería pronto.

Concentrados en sus pensamientos, Davion ni siquiera notó el choque que dio contra alguien que venía en sentido contrario. Solo la voz femenina que habló después lo hizo volver a la realidad.

-Lo siento, capitán Davion. Iba algo distraída-

Davion reconoció de inmediato el pelo rubio y la figura delgada de la muchacha, quien lo miraba asustada.

-No te preocupes, Isamir. Yo también estaba distraído. ¿Hacia dónde vas?- Habló en tono tranquilo el capitán, dando a entender que no estaba enojado.

-Hacia la torre. El maestro me ha mandado a llamar de manera urgente-

-¿Patraris? Que raro. Se supone que tenemos una reunión con el rey justo ahora-

-Si, pero me dijo que tuviera listas unas cosas para cuando volviera desde la reunión, y no creo que alcance hacerlo si no voy ahora-

-Ya veo. Patraris nunca cambia-

Isamir no supo qué decir ante el comentario de Davion y él supo el porqué. Era bien sabido en el reino que Patraris, el mago líder y al cual el rey pedía consejos con frecuencia, no se llevaba muy bien con el capitán Davion, es decir, él mismo. El porqué de ello nadie lo sabía, pero por la manera que actuaban ambos y las palabras que se dirigían el uno a otro en las reuniones, era claro que la enemistad era mutua y creciente. De hecho, el mismo Davion no entendía muy bien porque detestaba a aquel sujeto, pero por el hecho de tan solo verle la cara, de inmediato tenía que reprimir sus impulsos de darle un puñetazo en el demacrado rostro.

-No tienes que ponerte tan tensa. Por mi parte estimo a Patraris como mago. Es bueno en lo que hace, muy bueno, pero lamentablemente no nos llevamos bien. No dejes que eso te afecte-

-Sí, capitán- Respondió Isamir más tranquila.

-¿Como vas con los estudios?-

-Muy bien, gracias. El maestro es muy estricto cuando enseña, pero gracias a ello he podido aprender mucho. Nunca habría imaginado las

cosas que se pueden hacer usando solo magia-

Davion sonrió tratando de contenerse en realizar la siguiente pregunta, pero no lo logró. Tenía la costumbre de hacerlo con todas las personas que eran traídas por la fuerza a la ciudad.

-¿Extrañas tu hogar?-

Sorprendida, la chica desvió la mirada, aunque no tardó en responder.

-Si, pero ya estoy mejor. Cuando me trajeron al castillo pensé que nunca me acostumbraría, pero ahora no me veo fuera de él. Este lugar tiene muchos libros, muchos lugares desde donde una persona puede aprender. Es un nuevo mundo que me gusta. Extraño a mis padres, pero no significa que no los volveré a ver, y eso me reconforta-

-Entonces te has adaptado bien-

-Si. Bueno... Ahora lo siento como un hogar-

Al decir eso, la chica sonrió vividamente. Davion le devolvió la sonrisa y le dio unas pequeñas palmadas en su cabeza.

-No sabes cuánto me alegro. Cuando llegaste me sorprendí mucho. Eras muy pequeña comparada a todos los niños que habían sido traídos antes por mostrar habilidades con la magia. Me preocupé al pensar que no lograrías adaptarte. Parecías muy asustada y cada vez que te veía me dabas la impresión que llorabas por las noches, pero ahora te veo mucho mejor y tus palabras me lo confirman. Me alegro que este lugar ya comience a ser un hogar para ti-

-Gracias, capitán. No pensé que...-

-¿Que yo fuera así?- Completo la frase Davion, dando una fuerte carcajada después -Puedo parecer duro, pero me preocupan todos los niños que llegan al castillo. Por si no lo sabes, yo también llegué desde muy pequeño aquí. Consideraron que mi habilidad con la espada era muy buena, por tanto me trajeron sin pensarlo dos veces-

Isamir le miró sorprendida. Al parecer Patraris no había revelado esa información a la muchacha.

-Por eso entiendo cómo te sientes, así que si tienes alguna inquietud, no dudes en pedirme ayuda-

-Muchas gracias, capitán-

-De nada- Dijo Davion guiñando un ojo -Ahora será mejor que me marche ya. La reunión debe estar a punto de empezar-

-Si. Yo también. No quiero recibir un sermón del maestro por no terminar lo que me pidió-

-Entonces, nos vemos-

Isamir agachó levemente la cabeza en señal de despedida y luego se alejó corriendo. Davion la observó durante un rato, pensando en cómo Patraris la trataría. Así como todos sabían que a él no le gustaba nada Patraris, todos también sabían que Isamir era una maga genio. Desde el momento que llegó, no pasó mucho tiempo para que su maestro comenzara a darle tareas cada vez más difíciles, demostrando una confianza que nunca antes

alguien del castillo había visto. Fue entonces, con una conversación con el rey, que Patraris mencionó que Isamir era una superdotada, que aprendía todo con rapidez y que además podía seguirle un ritmo que el mismo Patraris había citado como "difícil para la gran mayoría". Desde ese momento, todos hablaban de ella como la chica genio, aunque nadie sabe muy bien a qué se refería tal término en el ámbito de la magia. Davion tampoco podía hacerse una idea clara, pero estaba contento que aquella niña que llegó llorando y muerta de miedo tuviera un cambio tan radical. Para él, era tranquilizador.

-Suerte- Fue lo último que dijo antes de marchar a la reunión.

Al entrar por las enormes puertas que daban al gran salón, Davion encontró muchas personas ya reunidas. Estaban los demás capitanes y la nobleza del reino, muchos de los cuales constantemente lamían la suela del rey para recibir favores, y también estaba Patraris, ubicado en una esquina sin hablar con nadie, con cara de pocos amigos. Había días así, donde el mago gustaba de estar solo. Pasó mucho tiempo antes de que las personas lo pudieran comprender, pero al final todos habían aprendido a leer las señales que Patraris daba durante las reuniones, siendo la más clara la de "no te acerques".

-Bienvenido, capitán Davion. Estábamos esperando-

El que había hablado era el Duque Marcus. Aquel sujeto era el peor de todos los lords presentes. Constantemente se insinuaba como el mejor pretendiente para la hija del rey, la princesa Alicia, pero por suerte el rey solía detenerlo cuando comenzaba con su prorroga. Davion detestaba que este le dirigiera la palabra, y como Marcus lo sabía, hacía justamente lo contrario cada vez que podía.

-Siento el retraso. Me encontré con alguien cuando venía y tuve que hablar un asunto importante-

-Vaya. ¿Alguien más importante que el rey? Digo, para tener que hacerlo

esperar-

-No se preocupe, el rey comprenderá-

Davion se alejó sin ver la reacción del lord ante sus palabras y saludó al rey Dinizer, quien estaba hablando con uno de los capitanes. El rey lo saludó de vuelta de manera carismática y entonces comenzó la reunión. Todos tomaron asientos en la gran mesa que siempre estaba dispuesta. Los capitanes esperaron hasta que los miembros de la nobleza estuvieran sentados, mostrando así un respeto que, como todos pensaban, la mayoría de ellos no merecía.

-Muy bien- Dijo el rey con aquella voz profunda que lo caracterizaba -Los he citado para hablar sobre la guerra-

Todos asintieron, sabiendo que era el único tema que podría invocar a tanta gente.

-Nuestros exploradores nos han informado que el enemigo está juntando tropas. Como nosotros, sus ejércitos se han visto muy disminuidos por las constantes batallas que se han llevado a cabo los últimos meses. Por tanto, el rey Verden ha decidido enlistar jóvenes que aún no han recibido instrucción militar para aumentar sus filas-

Los susurros comenzaron de inmediato, pero el rey los calló con solo levantar la mano.

-Usando tal táctica, es probable que su ejército se cuadruplique de aquí a unas semanas. En términos de números, estaremos en gran desventaja-

El rey terminó de hablar y dio la palabra al capitán Korkaz, con quien había estado hablando anteriormente. Davion sabía de antemano que era

él quien manejaba el asunto de los exploradores que recababan información del enemigo.

-Conversando con el rey, estamos de acuerdo que la táctica será utilizar a estos nuevos soldados, inexpertos, como punta de lanza. Agotarán a nuestros guerreros en primera instancia y luego usarán a los más expertos para acabar la tarea. Es una estrategia sencilla y de un gran coste de vidas-

-A Marcus no le importa sacrificar vidas con tal de ganar algo de nosotros- Dijo el rey casi sintiendo asco -No es un hombre de honor, por tanto hará lo que sea para ganar-

Un silencio se formó en el lugar, roto por Korkaz que volvió hablar.

-Tenemos que decidir cómo frenar dicha estrategia-

Uno de los capitanes levantó la mano para hablar. El rey asintió dándole permiso.

-Podemos aprovecharnos de ella. Es decir, su ejército estará conformado por inexpertos. Si llevamos la lucha a nuestro terreno, lugares donde manejar grandes cantidades de personas sea difícil, el ejército enemigo colapsará y podremos ganar las batallas fácilmente-

Todos asintieron ante la idea, que parecía bastante sensata, pero para Davion había un punto que no le gustaba nada, así que levantó la mano para poder hablar. El rey le dio su permiso.

-¿Y qué pasará con los jóvenes que mueran durante el combate?- Preguntó -¿Podrán nuestros soldados dormir al ver que sus espadas atraviesan a esos... casi niños, muertos de miedo? En tal caso,

efectivamente podremos ganar la guerra, pero acabaremos con un ejército devastado mentalmente. Pienso que tendríamos que pensar en otra forma de cómo sobrellevar el asunto-

Todos se miraron unos a otros, pero antes que alguien dijera algo, el rey volvió a hablar.

-Estoy de acuerdo con Davion. La estrategia puede parecer la más sensata, pero terminaremos con un ejército diferente del cual salió al combate. De por sí ya es bastante duro ver morir a amigos, pero asesinar niños... porque son niños los que Marcus pondrá en sus filas, los destrozará. No sabemos qué podría pasar una vez acabase la guerra con aquellos soldados. No. Definitivamente necesitamos otra estrategia distinta-

El rey sonrió a Davion y este asintió agradecido. A ojos del rey Dinizer, el capitán Davion era un sujeto objetivo, alguien que no dudaba en dar su opinión, la cual solía ser bastante objetiva y bien fundamentada. Por tanto, el capitán era envidiado por muchos de los nobles y algunos de los otros capitanes, pero a él no le importaba. Su visión era considerar siempre el bien del reino y eso conllevaba a que todo soldado que sirviera para protegerlo estuviera en perfecta condición. Era su ley, su código, su estilo de vida que había forjado desde niño cuando aprendió que tomar la espada significaba algo más que salir a matar enemigos.

La reunión continuó con ideas de todo tipo y se prolongó durante un largo rato, pero a pesar del tiempo invertido, no lograron nada concreto. Al final, el rey los citó a todos al otro día para seguir discutiendo el asunto, pero antes de que Davion se marchase, el rey lo llamó.

-Davion, espera un momento. Necesito hablar contigo-

Davion obedeció, ignorando las miradas curiosas y de odio que muchos le dirigieron al salir. Al final, se sorprendió al ver que Patraris también se había quedado y esperaba sentado junto a la mesa.

-Por favor, toma asiento. Tenemos un asunto urgente que atender- Dijo el rey.

-Soy todo oídos- Respondió Davion, sentándose a la izquierda del rey y frente a Patraris. Una leve preocupación cayó sobre sus hombros, sabiendo que los asuntos urgentes para el rey eran en verdad muy urgentes.

-Escucha Davion, seré lo más breve posible porque no tenemos mucho tiempo. Hace unos días, Patraris recibió una carta de uno de sus estudiantes que está visitando a sus padres en una aldea del sur, muy alejada de aquí. En ella relata que ha sentido el uso de mucha magia cerca de la frontera de nuestro reino, más allá del bosque Merzec-

-Es decir, en territorio enemigo-

-Es posible. La localización exacta es desconocida. El estudiante en cuestión dijo que estaría atento al asunto y escribiría si veía algo raro o volvía a sentir algo así, así que como no hemos recibido carta, pensamos que todo anda bien. Aun así, no estoy nada tranquilo-

-Comprendo ¿Y podemos confiar en lo que dice?- Preguntó Davion, algo escéptico.

-Absolutamente- Contesto Patraris con los ojos clavados en Davion - Demerek es uno de los mejores estudiantes que he tenido y yo mismo pulí sus habilidades para sentir el uso de magia-

-Ya veo- Dijo Davion, sin desviar la mirada ni un ápice -Si es como dice, ¿Que tan grave puede ser?-

-No lo sabemos- Contestó Patraris -Estimar algo así es difícil con la poca información que relata la carta-

-Eso es el meollo del asunto, por lo que podrás suponer porque no estoy tranquilo, Davion- Dijo el rey -A pesar que los exploradores no han informado de nada extraño en esa región, estoy seguro que el imbécil de Marcus es capaz de cualquier cosa. Hace poco tomó el puesto de su padre y hará lo que sea para demostrar que es tan capaz como él. Ya escuchaste lo que tiene planeado hacer. Locuras como esas dan a entender que no se frenará con nada con tal de ganar la guerra. Temo por nuestra seguridad y es justamente en el sur donde más frágil estamos-

Davion asintió. El sur, de hecho, era un buen lugar para comenzar alguna preparación por parte del enemigo, conociendo que para llegar allí un ejército tardaría varias semanas.

-¿Qué haremos entonces? No podemos mover soldados sin saber que nos espera. Podría ser una trampa-

-Consideramos enviar exploradores, pero en asuntos mágicos soldados normales no son una buena idea-

-Entonces...-

-Por eso mismo estamos aquí. He conversado con Patraris y tenemos una idea para que la discutamos-

-Soy todo oídos-

-Reuniremos un grupo pequeño que viajará al sur para ver qué ocurre allá, de cuatro personas para que no llamen la atención. El grupo estará formado por soldados capacitados que tú tendrás que escoger, Davion. Deben ser los mejores tratándose que no tenemos idea que podría estar ocurriendo. A ellos debe sumarse un mago, que en este caso Patraris escogerá. Debe ser lo suficientemente bueno para que pueda encontrar cualquier... cosa mágica que haya hecho el enemigo, en el peor de los casos. La idea es que todos se junten con Demerek en la aldea y así viajen a donde quiera que haya ocurrido el suceso-

-¿Y para qué necesitamos otro mago si esta Demerek allá? Sería algo arriesgado movilizar a dos magos para una misión, considerando que son los mejores soldados que tenemos en el reino- Enfatizó Davion.

-Porque el mago que viaje con el grupo tendrá que estar pendiente de si otros sucesos similares ocurren o han ocurrido en otros lugares del sur. Si bien Demerek percibió algo extraño en donde se encuentra, es posible que en otros sitios hayan ocurrido cosas del mismo estilo, pero que todos hayan pasado por alto por la ausencia de un mago. Quien viaje hacia donde está Demerek tendrá al menos la posibilidad de encontrar algo, un rastro de magia o lo que sea que pueda analizar. Sería como matar dos pájaros de un tiro-

-Es una excelente idea- Dijo Davion -¿Cómo haremos para que comuniquen lo que encuentren?-

-Usaremos águilas. El grupo llevará una consigo y esta llegará justamente a la torre de Patraris. Si la información es apremiante, me informara de inmediato-

-Veo que pensaron en todo. Entonces, ¿Cuál es mi función aquí? ¿Solo seleccionar a los soldados para el grupo?-

-Eso y que además que formes un grupo de respuesta. Dicho grupo lo comandaras tu y debe ser entrenado para que a penas llegue información a nuestras manos, todos partan hacia el lugar. Esto, claro está, solo en el

nefasto panorama que el enemigo esté tramando algo-

-Entiendo y acepto la total responsabilidad que me da-

-Gracias, Davion. Entonces... ¿Estás de acuerdo con el plan?-

-Si, totalmente y apoyare con todo lo que pueda-

-Sabía que podía contar contigo. Estimo que el ejército de respuesta tendrá que tener algunos magos, así que deberás reunirte con Patraris para seleccionar los más adecuados-

-Así lo haré-

-Muy bien. Entonces, hablado el asunto, pongámonos manos a la obra. Patraris, selecciona a quien creas sea el más indicado para esta situación y Davion hará lo mismo. Nos reuniremos en la tarde aquí mismo con los candidatos que tengan para darles las instrucciones correspondientes. Quiero que salgan cuanto antes hacia allá-

Todos se pusieron de pie y tras hacer una reverencia al rey, quien les sonrió amablemente, Davion y Patraris se marcharon. Caminando juntos, la situación era bastante incómoda, hasta que al final Patraris habló.

-Seguramente reunirte conmigo será tan difícil para ti como lo será para mi, pero no hay otra opción. Solo procura hacerlo lo mejor posible para que no tengamos que repetirlo-

-Lo mismo te digo-

Patraris pareció molestarse con el comentario, haciéndolo notar en las siguientes palabras que dijo con tono severo.

-Supongo que ya sabes a quien escogeré-

-Creo que tengo una idea-

-Tienes que seleccionar a los mejores ¡Los mejores! ¿Escuchaste? No admitiré a alguien que encuentre deficiente-

-No tienes que repetir lo que dijo el rey-

Patraris caminó en silencio hasta que llegó al sitio donde sus caminos se dividían, el lugar donde antes Davion se había encontrado con Isamir.

-Solo una cosa más- Dijo el mago antes de marcharse -Si algo le llega a pasar producto de la incompetencia de uno de los que escogiste... puedes dar por hecho que no me quedaré quieto. Creo que entiendes a lo que me refiero-

-No te preocupes. Si algo así pasa, yo mismo me encargare-

-No lo decía por el soldado-

-Lo se-

Con una última mirada altiva a su rival, Patraris se marchó. Davion hizo lo mismo. Ya tenía en mente a quienes podría seleccionar, pero primero quería probarlos, que tan bien estaban en combate. Sabía por instinto que Patraris escogería a Isamir para una misión de tal importancia, por tanto tendría que escoger a guerreros que pudieran equipararse a ella. Considerando la habilidad de la muchacha, era una tarea extremadamente difícil.

-Vamos a ver de qué están hechos-

Sabiendo que sería él mismo quien medirá las habilidades de los candidatos, su mano izquierda había comenzado a temblar. Después de un largo tiempo, era hora de tomar la espada.

Capítulo 3

Capítulo 3

- Un Encuentro Inesperado -

Alkraz vio cómo el panorama se aclaraba lentamente. Era el amanecer que comenzaba a presentarse, trayendo consigo el canto de las aves y una imagen mejor del vasto paisaje que tenían hacia el frente. Habían determinado que las huellas que dejó Kalan en su caballo seguían un camino recto. El amanecer así lo confirmó, pero Alkraz notó algo extraño. Las huellas no parecían tan recientes, como si el maldito ladrón hubiera galopado por ese camino hacía un buen tiempo.

-¿Qué pasa?- Preguntó Rabek.

-Nada. Sigamos adelante-

“Debe ser por el clima de esta región” Pensó Alkraz, pero se mantuvo preocupado. El trío avanzó rápidamente, sin detenerse a descansar. Era vital alcanzar a Kalan antes que se dirigiera hacia alguna ciudad o hacia donde quisiera deshacerse del libro, pero el horizonte no traía ninguna novedad, ninguna sombra que les indicara la cercanía del objetivo, lo cual solo lograba aumentar la preocupación. Pero no había vuelta atrás, tenían que alcanzarlo fuera como fuera. El dinero en riesgo era demasiado, más del que otras misiones habían dado.

De pronto las huellas cambiaron el patrón que presentaban, como si el caballo hubiese disminuido su velocidad. Alkraz ordenó aminorar la marcha para entender mejor la situación. En efecto, al ver más de cerca las huellas, todo indicaba que el caballo había empezado a caminar, y no solo eso, sino que había estado dando vueltas en círculos.

-Aquí pasó algo. Kalan dio vueltas en su caballo-

-¿Por que habra hecho eso?-

-Creo... que estaba buscando algo. Fíjense aquí. Las huellas se alejan un poco-

Alkraz anduvo con la cabeza pegada al lomo de su caballo, observando cada pisada hasta que de pronto encontró algo nuevo.

-¡Aquí! Miren, el bastardo desmonto-

Los otros dos se acercaron y vieron en la hierba las huellas de unas botas claramente marcadas.

-Condujo al caballo hasta aquí y al parecer lo dejó pastar en este sitio, pero por alguna razón el caballo se alejó muy rápido. Las huellas de Kalan siguen en esa dirección y no hay indicios de que haya vuelto-

A lo lejos lograron ver algo en el suelo una especie de bulto, fácilmente confundible con una roca. Los tres se miraron unos segundos antes de avanzar hacia el lugar para encontrar que el bulto no era más que una bolsa de cuero. Todos descabalaron y de inmediato ojearon su contenido. Dentro había numerosos objetos que supusieron pertenecían a Kalan, pero para frustración de todos, el libro no estaba por ningún lado.

-¡Maldita sea!- Grito Alkraz -Si el libro no está aquí...-

-Esperen- Dijo de pronto Varla -Hay huellas aquí-

Alkraz se apresuró a verlas. Efectivamente eran similares a las que habían encontrado antes y se alejaban un poco más del lugar. Sus ojos se abrieron de par en par cuando encontraron el libro en el suelo, abandonado, como si tal cosa fuera un mero objeto. Alkraz lo levantó triunfante y lo abrazó como a un hijo perdido, riendo de manera eufórica. Luego miró a los otros dos y se sorprendió al ver que no compartían la misma alegría. Tanto Rabek como Varla miraban algo en el suelo, sorprendidos y temerosos.

-¿Qué ocurre?-

-Creo que encontramos a Kalan... o lo que queda de él- Dijo Varla.

-¿Qué cosa?-

Al acercarse, Alkraz vio en el suelo un cúmulo de huesos que despedían un olor terrible y que era arrastrado en dirección contraria por el viento. No fue difícil encontrar la cabeza, la cual estaba tan podrida y dañada que era imposible reconocer si verdaderamente era Kalan quien estaba ahí u otra persona. Solo un objeto, un simple objeto le dio la respuesta indicada.

-Es el collar que siempre llevaba consigo- Dijo Alkraz.

-Mierda. ¿Qué cosa podría haberle hecho esto?- Preguntó Varla.

-No tengo idea. Tengo entendido que en esta región no hay animales feroces que puedan matar a una persona-

-Oigan, aquí hay algo más- Indicó Varla nuevamente.

La chica había encontrado algo en el suelo, una especie de cristales que tenían un color gris, lo suficientemente pequeños para estar ocultos en la hierba. Estaban distribuidos de tal manera que parecían formar un círculo, un enorme círculo. Alkraz no tuvo que pensar mucho para que la imagen de lo que allí había ocurrido se formara en su mente.

-No puede ser...-

-¿Que pasa?-

-Kalan. Ese bastardo... era un mago-

-¡¿Que?!- Preguntaron a gritos Rabek y Varla al mismo tiempo, claramente sorprendidos -¿Como lo sabes?-

-Cuando nos dieron la misión, el tipo que nos contactó nos dijo que el libro pertenecía a un mago muy hábil del reino Karazak, un libro que guardaba todos sus conocimientos y que usaba para invocar bestias a su mando. ¿Cómo sabía esa información? No tengo idea, pero el tipo dijo que tales conocimientos eran en extremo valiosos. Para alguien normal, este libro sería un simple contenedor de papel con el cual limpiarse el trasero, pero para un mago es una riqueza de enormes proporciones-

-¿Y eso que tiene que ver con Kalan sea mago?-

-Tiene que ver, y mucho. Estos cristales los he visto antes, también en una misión pero de años atrás. Son objetos que los magos usan para imbuir magia y guardarla. Es como energía de reserva. Un mago guarda energía en estos cristales durante días y días hasta que los usa como catalizador en alguna cosa de magos. El color gris indica que ya no tienen

nada dentro-

-Entonces... si Kalan tenía estos objetos y los uso aquí, significa que sabía usar magia- Indicó Rabek.

-Así es, y el libro era perfecto para él. Tenía todo lo necesario para usarlo y no dudó un momento en hacerlo. Seguramente planeo todo cuando informé sobre la misión al grupo entero-

-Vaya. Para él debe haber sido como tener una montaña de oro justo en frente, pero... ¿Por qué nunca mencionó que era un mago? No creo que su fin haya sido esperar esta misión y robar el libro. Digo, ya llevaba varios años en el grupo -

-Porque los tipos así son muy orgullosos. No se porque se habrá unido al grupo, pero estoy seguro que odiaba su situación actual. Los magos gustan de pertenecer a las reinos, estar cerca de personas importantes, no en un grupo que se dedica a robar y que vive de eso-

-Supongo que tienes razón. ¿Y qué habrá querido hacer con el libro? Si los cristales están grises, significa que algo hizo con ellos- Acotó Rabek.

Curioso, Alkraz dio unos pasos hacia lo que sería el centro de la disposición de los cristales, con su mirada recorriendo todo el lugar, analizando cada agujero que pudiera indicar algo. Fue entonces cuando su cuerpo quedó paralizado, estático al encontrar una huella, una enorme huella de algo que había estado ahí quizás hacía cuánto tiempo.

-Ese maldito de Kalan... -

-¿Qué ocurre?- Pregunto Varla.

-Miren aquí. ¿Reconocen esto?-

Rabek y Varla se acercaron y al ver lo que indicaba Alkraz, se asustaron.

-Es... una huella... una enorme huella. ¿De que es?- Preguntó Rabek.

-No tengo idea, pero si está aquí significa...-

-Que Kalan lo trajo usando su magia- Puntualizó Varla.

Los tres quedaron en silencio ante la revelación, no por el hecho que Kalan hubiera logrado su cometido, sino porque cualquier cosa que dejara una huella así, debía ser enorme.

-Las pisadas se alejan hacia allá- Indicó Varla.

Alkraz miró hacia el horizonte, algo pensativo.

-Estoy seguro que la criatura mató a Kalan- Sentenció. Para él, toda la situación estaba resuelta -Y antes de partir, lo devoró casi hasta los huesos. Fíjense en ese rastro de sangre. Sigue la misma dirección en que se alejan las huellas-

Rabek rió por lo bajo ante el panorama presentado.

-Eso es algo... irónico. Muerto por su propia magia-

-Lo que significa que no era tan buen mago. En fin, al menos ya podemos dar por muerto a Kalan-

Alkraz asintió levemente a los comentarios y luego miró a lo lejos durante un rato, pero allí solo podían verse los árboles que daban inicio al bosque Merzec. Lo que fuera que haya aparecido, ahora estaba lejos, muy lejos.

-No hay caso en pensar nada más. Ya tenemos el libro, así que nos largamos-

-Bueno, pero... ¿Podemos descansar un poco? Estoy algo agotado-
Propuso Rabek, quien parecía desanimado ante la perspectiva de montar nuevamente sin dormir.

-Si, creo que sí. Esperaremos a los demás para volver a retomar el viaje. No creo que demoren en dar con nosotros-

El grupo se alejó del sitio donde todo había terminado. Alkraz se guardó los cristales pensando en que podría sacarles algo de dinero, pero dejó las cosas de Kalan en donde estaban. Era mejor que se pudrieran antes de cargarlas consigo y que le recordaran al sucio ladrón. Los tres descansaron sobre la hierba, con Rabek durmiendo profundamente mientras esperaban la llegada de los demás. No pasó mucho tiempo para poder verlos en la lejanía, en el horizonte. El grupo se acercaba rápidamente mientras ellos se preparaban para partir.

-Creo que algo no anda bien- Dijo Varla de pronto-Veo alguien haciendo

señales-

Alkraz observó y, efectivamente, vio a uno de los jinetes haciendo señales con la mano, tratando de llamar su atención. Intuyendo que aquello era una señal de alarma, rápidamente se subió al caballo y partió hacia el encuentro.

-¿Qué ocurre?- Preguntó al encontrarse cara a cara con Jeffer, quien hacía las señas. Los jinetes formaron un círculo alrededor del líder.

-Soldados. Un grupo grande de soldados viene viajando hacia aquí. Nos han estado siguiendo desde un buen tiempo-

Alkraz miró hacia atrás y vio la sombra de otros jinetes a lo lejos, un gran grupo cuyas armaduras brillaban a la luz del sol.

-¡Mierda! No tenemos mucho tiempo-

Rápidamente la mente del líder empezó a buscar soluciones para el problema. En su más interno ser, sabía que aventurarse en el bosque, la opción más sensata si querían perder a los soldados, no era una buena idea considerando lo que habían encontrado. Pero partir un viaje hacia el sur, donde habían pocas aldeas y ninguna ciudad, significaba estar cabalgando durante mucho tiempo a la espera que los soldados se agotaran y desistieran de la persecución. Después de un breve momento en que todos esperaban, Alkraz habló fuerte y claro.

-Iremos al bosque. Será fácil perderlos ahí-

Sorprendida por la orden, Varla se acercó.

-¿Estás seguro? Recuerda que vimos...-

-No tenemos opción. Es eso, o bien, estar huyendo quizás cuanto tiempo ¡Andando!-

Los caballos partieron espoleados por sus jinetes. Nadie miraba hacia atrás, pero estaban seguros que los soldados los seguían de cerca. Nadie hablaba palabra alguna, ni siquiera preguntando qué harían después de llegar al bosque, aunque era evidente que se adentrarían lo más posible con tal de hacerles perder el rastro al enemigo. Fue un largo rato antes de poder alcanzar los enormes árboles, gigantescos muros de madera que permitían la entrada por numerosos lados. La banda entró rauda y veloz en un ambiente que se sintió frío de inmediato. Era la sombra del copioso ramaje que producía un cambio drástico.

-Avanzaremos un poco más y luego giraremos al norte. Será un rodeo largo, pero creo que funcionara muy bien-

Los caballos llegaron a un gran río que presentaba un gran caudal. Aun así, Alkraz dio la orden de cruzarlo, algo que fue más fácil de lo que habían pensado. El grupo siguió adentrándose lo más posible hasta que el sonido del agua corriendo no se escuchó más. Fue entonces cuando Alkraz dio la orden de descansar.

-Estamos a una buena distancia. No creo que nos sigan hasta aquí, temiendo una posible emboscada. Preparen antorchas. Tendremos que aprovechar la noche al máximo-

Todos obedecieron a la vez que el mismo Alkraz señalaba quiénes serían los guardias, o mejor dicho, los exploradores encargados de ver si los soldados se atrevían a seguirlos. Las preparaciones no se hicieron esperar y mientras todos se repartían las antorchas recién construidas, los exploradores volvieron para avisar que los soldados habían montado un campamento afuera, tratando de abarcar un gran trecho de terreno con

tal de evitar una posible huída. No había nada que temer. Todos ya estaban listos para marchar bajo la espesura del Merzec.

-Hay algo raro en el bosque- Dijo de pronto alguien.

-¿A qué te refieres?-

-Hay un silencio inquietante. No he escuchado ningún animal desde que llegamos aquí-

-Deben estar durmiendo. Saldrán cuando anochezca-

-... Puede ser-

Varla y Rabek se miraron el uno al otro, pero no dijeron nada. Alkraz se mantuvo en silencio, a pesar que el recuerdo de las pisadas dirigiéndose al bosque había vuelto con más fuerza que nunca. Durante la huida, había intentado tomar un camino distinto al que las huellas marcaban, pero era evidente que algo no andaba bien dentro de aquel sitio. El silencio absoluto lo había notado hacía rato, pero pronto partirían hacia el norte, por lo que esperaba no tener que encontrarse con el verdugo de Kalan.

-Oye, ¿Qué fue eso?-

Alkraz giro para ver de qué trataba y vio a dos de sus hombres acercándose a un árbol, atraídos por algo que había en el suelo. Sintió relajo creyendo que sería algún bicho raro, pero luego se dio cuenta que a su alrededor el follaje se meneaba demasiado. De hecho, todos lo habían notado y parecían preocupados. Era como si numerosas criaturas pequeñas estuvieran caminando alrededor de ellos.

Alkraz trató de ver de qué se trataba, pero el grito desesperado de alguien atrajo su atención. Sus ojos se abrieron de sorpresa y horror cuando vio lo que ocurría. Algo parecido a una araña enorme estaba sobre el rostro de uno de sus hombres, que combatía intensamente para poder quitárselo de la cara. La criatura se aferraba con fuerza, usando unas patas delgadas que se aferraban a la nuca del pobre tipo, junto con una larga cola enrollada en su cuello. La extraña lucha era vista por todos, estupefactos por lo que tenían frente a ellos.

-¡Que mierda!- Gritó su compañero, pero desde algún lado otra criatura similar saltó hacia su cara, aferrándose tal cual la anterior.

Alkraz no alcanzó a decir palabra alguna y ya todo el lugar era un caos. Las criaturas habían comenzado a aparecer desde todos lados y se lanzaban hacia los descuidados sin dudar. En poco tiempo, una docena de sus hombres estaban atrapados, ayudados por compañeros que trataban de quitarle las criaturas de encima, pero todo lo que trataban de hacer era inútil. Las arañas no daban tregua, como máscaras horrendas que poco a poco comenzaron a asfixiar a sus presas.

-¡Imbéciles!- Gritó Alkraz de pronto -¡Saquen sus espadas!-

De una patada, Alkraz derribó a uno de sus hombres que peleaba contra la criatura en su rostro y se lanzó sobre él. Su espada cercenó una de las delgadas patas de la criatura, pero en vez de liberar al pobre tipo, la acción lo hizo gritar de dolor. Y es que para sorpresa de Alkraz, el corte había derramado un líquido amarillento que cayó justo en el rostro de su víctima, provocando un sonido similar al que escuchaba cada vez que apagaba una fogata con agua. Pero allí no había fuego, solo un rostro quemándose rápidamente, revelando en primer lugar los músculos, luego algo de hueso y al final quedando solo una masa purulenta de un olor asqueroso. Alkraz cayó hacia atrás, aturdido por la impresión de ver cómo el pobre tipo había muerto de una forma horrible, pero se recuperó a tiempo para avisar a los demás.

-¡No corten a las malditas arañas! ¡Son venenosas!-

La información llegó justo a tiempo, ya que muchos estaban a punto de usar sus espadas al igual que él, y mirándose unos a otros, solo se quedaron de pie, en el centro de todo el caos, pendientes de cualquier criatura que intentase saltar hacia ellos. Pero tan repentinamente como habían aparecido, las arañas habían dejado de llegar, haciendo que la tranquilidad y el silencio cayeran de golpe. Alrededor de Alkraz, los hombres atacados estaban repartidos por el suelo, con las arañas aún en sus rostros, pero aún vivos. Eran más de veinte personas que mostraban una leve respiración, como si estuvieran durmiendo.

-¿Q-Qué son estas cosas?- Preguntó alguien de pronto, claramente asustado.

-No tengo idea. Nunca había visto algo parecido, pero no se acerquen a los arbustos- Ordenó Alkraz -Y usen sus cascos. Podrían ser útiles si esas cosas vuelven-

Los hombres asintieron y luego uno de ellos preguntó.

-¿Y qué hacemos con ellos?-

Una pregunta difícil cuya respuesta recayó en Alkraz cuando todos los presentes lo miraron, buscando la ayuda del hombre a cargo.

-Hay que juntarlos a todos y esperar a ver que pasa. Por el momento podemos decir que están vivos-

Los hombres obedecieron. Uno a uno, los caídos fueron cargados hacia un lado y dejados todos juntos, una imagen un tanto peculiar. Algunos trataban de no mirar al muerto, que estaba completamente desfigurado, pero era imposible no dar algún vistazo, ya fuera por curiosidad o porque

miraban hacia donde estaba sin querer.

-No quiero internarme más en este bosque sabiendo que hay de esas cosas rondando- Dijo Alkraz -Esperemos para ver si los soldados del reino tienen cosas mejores que hacer y se largan-

Los hombres repartieron las guardias y Alkraz enfatizó que debían usar los cascos todo el tiempo como una medida de precaución frente a otro ataque, pero la noche transcurrió tranquilamente. Alkraz por su parte se sentó a esperar mientras miraba su espada que tenía parte de su hoja derretida. Sin poder explicar tal cosa, Alkraz se quedó despierto, al igual que los demás. Al parecer nadie quería dormir, pero se mantenían en silencio, atentos a su alrededores. La mañana tardaría en llegar.

Capítulo 4

Capítulo 4

- Punto de Inicio -

El caballo de Desmir avanzaba perezosamente por el sendero, siguiendo el pequeño riachuelo que corría a su derecha. El viaje había sido largo y agotador, casi sin descansos y una total pérdida de tiempo, o así al menos lo veía el propio Desmir que, con la cabeza agachada, luchaba contra la somnolencia e intentaba mantenerse despierto para evitar cualquier peligro.

En su bolsa cargaba solamente conejos, pobres presas que habían sucumbido ante la necesidad de tener que cargar comida de regreso y que seguramente solo le traerían comentarios bromistas por parte de sus amigos.

“Ni siquiera un maldito zorro” Había pensado cuando ordenaba las cosas para volver.

Abrumado, el pobre de Desmir pensó en tardar un poco más en volver y recorrer algún otro lugar para dar con algo mejor, pero su cansancio era tal que apenas tuvo la idea, la rechazó de inmediato. Por otro lado, también estaba harto de dormir a la intemperie y quería, por sobre todas las cosas, estar cerca de una buena fogata con compañía con la que pudiera hablar, compañía humana, no un caballo que no comentaba nada o respondía algo de lo que él preguntaba.

-No es que no me agrade tu compañía, Zefran, pero como no hablas y tampoco haces gestos, me siento raro al conversar así- Se disculpó Desmir, dándole palmaditas en la cabeza a su fiel caballo quien sólo respondió con un resoplido.

Lentamente, la oscuridad fue cayendo, señal de que la noche estaba cerca. Desmir pensó en encender una de las antorchas que llevaba en la bolsa, pero estimó que sería innecesario considerando que estaba ya muy

cerca del campamento.

-Que raro, no escucho voces... ¿Me habré equivocado de camino?- Se preguntó recordando que el grupo solía juntarse a la fogata en la noche para hablar, beber y reír -No, no lo creo. Reconozco este sitio. ¿Estarán durmiendo?-

Desmir siguió avanzando sin darle mayor importancia al extraño cambio y desmontó cuando estaba a unos metros del campamento, amarrando el caballo cerca del riachuelo. Era el mejor lugar que él consideraba para que su querido Zefran tomara agua tranquilamente y comiera hierba recién crecida.

-Mas tarde vengo por ti y te dejo junto a los demás caballos-

El animal pareció comprender lo que decía su dueño y meneó la cabeza de arriba hacia abajo para después dirigirse a beber un poco de agua. En tanto, Desmir camino hacia el campamento, cargando las bolsas con los conejos y sintiendo cada paso como una verdadera proeza de fuerza.

-¿Qué? ¿Otra vez sin guardia? Esa maldita costumbre algún día nos traerá problemas-

Al ver que nadie había notado su llegada, Desmir recordó las numerosas veces que el grupo tendía a no dejar nadie vigilando durante la noche. Si bien, constantemente reclamaba sobre el asunto, enfatizando el hecho que esa simple acción podría terminar con su vidas, o peor aún, llevarlos a ser prisioneros de algún grupo de bandidos, sus amigos pocas veces lo tomaban en cuenta.

-Algun dia los encontraré a todos muertos- Había dicho la última vez que discutió, justo en el momento que decidió irse a dormir apartado de todos, dentro del tronco de un árbol que había encontrado por casualidad. No era el mejor sitio ni el más cómodo, pero era cálido y bastante seguro en caso

de algún ataque. Si llegaban bandidos, al menos escucharía cuando capturaran a los demás y tendría una oportunidad de escapar.

Desmir siguió caminando, pero mientras más se acercaba, más extraño se sentía. Había demasiado silencio. Ni siquiera los animales nocturnos que solían pasearse alrededor estaban presentes.

-...-

Intrigado, sacó su espada. Lo más extraño del asunto era la ausencia total de luz, o mejor dicho, la ausencia de la fogata que solían mantener prendida durante todo el día para tener agua caliente cuando quisieran. Si esta estaba apagada, solo podían haber dos opciones: o estaban todos demasiados borrachos como para recordar lanzar algún leño al fuego, o bien, algo malo había pasado.

-Qué raro. Tampoco escucho a los caballos-

El instinto de Desmir le gritaba que saliera huyendo lo más rápido posible de aquel sitio, pero su curiosidad le imploraba que averiguara qué estaba pasando. Por un momento pensó en llamar a alguien, pero luego se rió de sí mismo por considerar una idea tan estúpida. No por nada su padre le había dicho elocuentemente "Cuando las cosas andan como la mierda, o crees que andan como la mierda, siempre muévete sin hacer ruido". Sabio consejo que le salvó de situaciones bastante malas... y al parecer esta era una de ellas.

Al final, su curiosidad fue mayor y decidió avanzar algunos pasos, aunque deteniéndose de vez en cuando para tratar de escuchar algo. Aun así, el silencio era imperante. En poco logró ver las sombras de las construcciones que conformaban el campamento.

"Al menos no han sido bandidos. Esos tipos siempre destruyen todo"
Pensó algo más tranquilo al ver que todo estaba intacto.

Era bien sabido que los bandidos solían merodear por los bosques, pero tan al sur no era algo frecuente.

“Si no hay bandidos, veamos que pasa con esto”

Con algo más de confianza, Desmir tomó una rama del suelo y la arrojó hacia el centro del campamento.

Nada. Ninguna reacción o movimiento.

-¿Qué mierda pasa aquí?- Dijo por lo bajo.

Y entonces todo cobró sentido.

La falta de caballos y la ausencia de vida en el campamento. Era evidente que le habían jugado la broma, la maldita broma: Largarse mientras está afuera y esperarlo de vuelta en la aldea para matarse de la risa cuando volviera solo. Claro, ya le había parecido extraño todo el asunto.

“Si queremos encontrar nuevos sitios para cazar, lo mejor será dividirnos algunas partes del bosque para averiguar si hay presencia de presas o no. Hice un mapa que podemos usar para marcar los mejores puntos para cuando volvamos el próximo año” Había dicho Mirme, quien posteriormente repartió las zonas.

-Si, claro. Dejemos al bastardo que nos molesta con el tema de la guardia y lo esperamos en la aldea. Como nos reiremos cuando vuelva- Dijo Desmir, imitando la voz de su compañero.

La furia subió abruptamente a su cabeza al imaginar a los demás riéndose a carcajadas, pero al respirar profundamente se calmó. Si, le habían jugado la broma, pero no les daría en el gusto. Se quedaría en aquel sitio y cazaría todo lo que pudiera. Seguramente algunos volverían, preocupados al ver que no regresaba. Su venganza sería recibirlos con una exquisita carne preparada y con otras más listas para ser guardadas. Obviamente no les daría nada, o tal vez sí, solo cuando se arrodillaran a pedirlo.

-Ya he cazado otras veces solos. No los necesito-

Pero la ira seguía aumentando y al final explotó en un tremendo berrinche. Usando su espada comenzó a golpear el árbol más cercano, una y otra vez mientras lanzaba insultos y alaridos. Su furia se traducía en tratar de hacer el corte más profundo, imaginando la cara de los demás mientras atacaba.

Al final, su mano tiritaba por la fuerza ocupada y apenas podía mantener el aliento, pero estaba en paz. Sin más preámbulos, volvió para recoger la bolsa con sus presas que había dejado en el suelo. Estaba bastante pesada considerando que solo tenía conejos, así que la puso en su hombro para caminar hacia la mesa que usaban para descuerar.

Era un avance a ciegas, sobre un piso totalmente oscuro. No era problema para Desmir, quien usaba su buena memoria para saber donde dar el siguiente paso. De hecho, fue por eso que se sorprendió cuando dio con algo grande, un obstáculo que le impidió dar el paso correctamente y que lo botó de cara al suelo.

-¡Ay!- Alcanzó a decir antes de sentir el golpe.

La bolsa que llevaba sobre sus hombros agravó la caída, haciendo que el pobre hombre se rompiera el labio al chocar contra una enorme raíz.

-¿Que mierda dejaron aquí?-

Desmir tanteo con su mano en busca del objeto con el que había tropezado, dando con algo extraño, un objeto grande, tibio y húmedo. Al tocarlo, Desmir sintió una especie de palpitar, extraño y repentino, por lo que rápidamente retiró la mano y espero.

Silencio.

Nada indicaba que allí hubiera algo vivo, así que volvió a tocar. El objeto seguía ahí y al recorrerlo con la mano logró estimar que era ovalado, aunque en lo más alto tenía algo parecido a una protuberancia.

-¿Qué es esto?-

Desmir no recordaba que en el campamento hubiese un objeto parecido a lo que tenía enfrente. Curioso, decidió encender una de las antorchas que llevaba en la bolsa. El fuego le encandiló un momento antes de poder dirigirlo a donde quería observar.

-Veamos que cosa eres- Dijo mientras entornaba los ojos.

La revelación fue asombrosa. Frente a él había una cosa que nunca había visto y de la cual nunca había escuchado. Tal como había palpado, la cosa era ovalada y grande, tanto así que al estar agachado, Desmir tenía que levantar la mirada para poder verla completamente. El color negro del objetivo brillaba a la luz de la antorcha, efecto producido por las gotas de agua o cualquier otro líquido que tenía sobre su superficie, considerando que no había llovido en los últimos días.

-¿Quién habrá dejado esto aquí?-

Intrigado, Desmir volvió a tocarlo y el palpitar que había sentido antes fue más claro que nunca. Su curiosidad fue más allá y quiso ver que era la protuberancia que había arriba, pero al levantar la antorcha un poco, la luz le reveló algo más. El objeto era un poco traslúcido y dentro de este había algo moviéndose.

Desmir quedó de piedra y por un momento pensó que todo había sido producto de su imaginación, pero un nuevo movimiento contradijo aquel pensamiento, haciéndolo dar unos pasos hacia atrás.

-No me digas que...-

Solo una vez en su vida había presenciado una situación similar y eso había sido durante su infancia. Su padre había encontrado unos huevos durante una salida al bosque. Para ver si no tenían polluelos dentro y serían comestibles, los había colocado a contraluz de la fogata. Allí el pequeño Desmir había visto la forma de un ave dentro de aquel huevo, y ahora, justo enfrente de él, había visto algo parecido, aunque la figura no podía parecerse menos a un ave. Y aquella cosa no podía parecerse menos a un huevo.

-No, no. Imposible. ¿Qué cosa podría poner un huevo así?-

Nadie respondió, ni siquiera sus propios pensamientos, los cuales no podían imaginar un animal que hiciera tal hazaña.

Desmir permaneció quieto, indeciso de qué hacer. Sin embargo, su curiosidad no había sido saciada del todo, por lo que decidió seguir observando el objeto. Su mirada se dirigió hacia la punta, donde había una especie de ranuras que formaban una gran "X". Al tocar justamente ahí, encontró que también estaba tibio en aquel sitio. ¿Era una rotura? No lo creía, porque no veía nada que saliera por las ranuras. Por un momento se le pasó la idea de meter un dedo, pero se arrepintió al instante. Si algo había aprendido de las cosas desconocidas, era no meter dedos, ni manos, ni nada, si no quieres verte con algún miembro amputado.

-Definitivamente no es un huevo-

Desmir siguió observando un rato más. Había perdido la noción del tiempo e incluso olvidó todo el asunto de la broma. Su mente trabajaba en qué haría ahora. Quizás lo mejor fuera largarse. Cosas extrañas solo traían consigo problemas.

-Me largo de aquí- Dijo al final -Es una pena dejar lo construido, pero ni modo. No pienso averiguar a quién pertenece esta cosa-

Antes de comenzar la cacería, el grupo entero se había reunido para construir un gran techo sobre el lugar donde dormirían. El trabajo había sido agotador, pero el resultado excepcional. Ninguna lluvia había atravesado el ramaje y los troncos dispuestos para cubrirlos, y era allí justamente donde guardaban sus cosas. Desmir dio unos pasos, pero tan pronto como levantó la antorcha para iluminar el camino, el miedo paralizó todo su cuerpo. Frente a él se había revelado un paisaje aterrador. Dispuestos por todo el lugar, se encontraban decenas de objetos similares al que había encontrado, un gran campo que ahora adquiriría un aspecto siniestro y poco amigable.

-Qué es todo esto- Fue lo único que logró decir.

Estaba aterrado, pero a pesar de eso, sus pensamientos se ordenaron rápidamente para darle la respuesta que tenía frente a él y contradecir lo que antes había supuesto. Era un nido, el nido de algo que había puesto decenas de huevos y que seguramente estaría cerca, cuidándolos.

Al darse cuenta de esto, el pobre movió su antorcha para alumbrar cada sitio, cada rincón buscando a la gran madre, pero para su alivio no encontró nada.

-Debo largarme- Dijo finalmente.

Sin esperar más, Desmir caminó entre los huevos hacia el lugar donde debían estar sus cosas. Avanzó lentamente y mirando hacia el suelo para no tropezarse, por lo que no logró percatarse que la luz comenzaba a revelar algo más, algo que había quedado fuera de la iluminación en un principio. Poco a poco, la figura de una criatura enorme emergía desde la oscuridad, la cual tenía su mirada fija en el visitante, pero que se mantenía quieta esperando el momento oportuno. Desmir siguió avanzando hasta que sintió un leve escalofrío. Su mano levantó la antorcha instintivamente y entonces la vio, justo a tiempo para evitar dar el paso que significaría su muerte. Ante él estaba La Reina, la poderosa criatura que se había adueñado del lugar y lo había convertido en el sitio de su camada, su futura colonia.

De aspecto temible y aterrador, Desmir la miró sin poder decir algo. Estaba pasmado. Sus ojos estaban concentrados en los colmillos que esta le mostraba mientras emitía un leve ruido parecido a un chillido, una señal de advertencia para que el indeseado visitante no hiciera nada estúpido.

No era necesario. Desmir apenas movía un músculo y aunque no lo pudo ver debido a que su vista estaba concentrada en las fauces de La Reina, la gran criatura estaba unida a una gran bolsa rosácea colgada desde la parte inferior. Si no fuera por ella, hacía rato que hubiese eliminado al intruso.

-Mons...truo- Logró decir Desmir, antes de salir huyendo.

En su desesperación olvidó por completo los huevos, por lo que no alcanzó a dar dos pasos antes de tropezar nuevamente. El golpe lo dejó aturdido un momento y con espanto pensó que aquella cosa lo alcanzaría, pero no fue así. La criatura siguió donde estaba, observando desde la distancia... o eso parecía porque ya sin la luz era difícil saber si la bestia oscura seguía en el sitio que la había encontrado o no.

Entonces Desmir escucho algo, un sonido extraño que provino justo delante de él. Al voltear se encontró que su nariz tocaba justo el borde tibio de uno de los huevos y a través de ella logró sentir que en su interior algo se movía frenéticamente. No tardó en ponerse de pie, justo en el momento exacto para ver como el huevo se abría al igual que una flor,

aunque la oscuridad no le permitió ver que había en el interior.

No fue necesario. De manera fugaz, algo saltó a su rostro y en unos instantes se aferró a su cabeza fuertemente. El mundo cambió de sorpresa a desesperación para el pobre Desmir, quien trataba de quitarse lo que fuera que tuviera encima, pero era inútil. Sus manos no lograban soltar las delgadas patas que tenía aferradas a su nuca y tampoco la extraña cosa que comenzaba a enrollarse en su cuello. Abrumado, trato de gritar, pero allí no había nadie que le ayudase. El aire comenzó a faltarle, al igual que las fuerzas. Poco a poco el sueño lo fue invadiendo y al final, sin darse cuenta, su cuerpo cayó al suelo, donde permanecería por un largo tiempo.

Capítulo 5

Capítulo 5

- Comienza la Pesadilla -

[ADVERTENCIA]

Este capítulo contiene narración de carácter violento. Se ha hecho esfuerzo en reflejar el poder de decisión que tenían los miembros de la nobleza en la época medieval sobre las personas.

Ahora, sin más dilaciones, los dejo con el capítulo. Gracias a todos.

La caravana avanzaba lentamente, más de lo acostumbrado. El problema estaba en que el camino escogido era conocido por romper las ruedas de madera, las que sufrían constantemente por las rocas y las excavaciones que los animales hacían en el suelo. Y es que en el bosque Merzec los animales eran abundantes y no tenían reparos en salir a un terreno tan abierto para buscar comida. Además, solo habían pasado unos pocos días desde que habían quedado varados por un largo tiempo por la rotura de una de las ruedas, lo que se llevó el penúltimo repuesto.

-Si rompemos otra, no llegaremos a nuestro destino final- Había dicho uno de los viajeros.

Por tanto, y debido al miedo de quedar estancados, la caravana limitaba su velocidad.

-Pasaremos la noche aquí- Dijo Ranbac de pronto, bajando desde una de las carretas de un salto -Estoy harto de este maldito viaje. Necesito dormir tranquilamente hoy-

-Pero... ¿Será seguro pasar la noche aquí?-

-¿A qué viene eso? ¿Le tienes miedo a la oscuridad?-

-No, no, pero hay bestias en el bosque. Podrían atacarnos-

-Dubro, somos más de diez hombres aquí. Ninguna bestia se acercará por mucha hambre que tenga-

-Además, si pasa eso podremos aumentar nuestras raciones-

Ante el comentario, el lugar se llenó de carcajadas para luego preparar todo para pasar la noche. Bajo los enormes árboles, el lugar era más oscuro que dormir al aire libre y, aunque nadie lo dijera, más aterrador. Las fogatas no tardaron en ser encendidas, reuniendo a su alrededor a todos los presentes.

-¿A quienes les toca la guardia?-

-A Paolo de seguro. El perdió la noche anterior-

-¡Ah, maldición! Pensé que no lo recordarian-

-¡Ja! No estábamos lo suficientemente borrachos-

Las risas volvieron a resonar fuerte en el silencio de la noche, a la par que

Paolo preparaba sus cosas para pasar la guardia.

-Tres personas más y estaríamos bien para hoy- Dijo Ranbac -Paolo, antes de la guardia ve a dar de comer a la carga que llevaremos a Zazak. No me gustaría que este nos redujera el pago por alguna observación tonta que le venga a la cabeza-

-Está bien ¿Alguien me ayuda?

Todos negaron con la cabeza, disfrutando del momento. Era un código entre ellos no ofrecer ayuda a quien el líder mencionaba para que hiciera algún trabajo. Paolo sacudió su cabeza, resignado, pensando el porque había tenido la esperanza de que alguien dijera que sí. Lentamente tomó un poco de comida y se dirigió a una de las carretas. Al igual que todos, el pobre hombre sabía que dar de comer a "la carga" era problemático. Las carretas que usaban habían sido construidas para el transporte de ganado, presentando un aspecto rectangular bastante básico y con una enorme puerta de un lado que no facilitaba nada las cosas. De hecho, el problema estaba en que al abrir la puerta había que sujetarla hasta que se abriera completamente, sino cabía la posibilidad de que los goznes se destrozaran. Ya antes había pasado y Ranbac había echado maldiciones todo un día. Sabiendo esto de antemano, Paolo dejó la comida en el suelo y abrió la puerta con extremo cuidado.

-Ya llegó la comida- Dijo en tono cantarín mientras sujetaba la puerta.

Pero antes de poder hacer algo, dos sombras salieron desde el interior y corrieron hacia el bosque rápidamente, perdiéndose en la oscuridad de la noche casi al instante, en una escena que dejó a Paolo completamente sorprendido.

-¡Mierda! ¡Hey, ayuda! ¡Se han escapado dos!- Gritó al recuperarse de la impresión.

El grito hizo que los hombres se pusieran de pie y se acercaran a la carreta, pero dentro estaba muy oscuro. Ranbac se apresuró a tomar uno de los leños con fuego y volvió para iluminar el interior. Tras un breve repaso en voz baja, miró a sus hombres completamente furioso.

-¡Imbéciles! ¡Se han escapado los pedidos de Zazak!- Gritó con los ojos desorbitados de furia -¡Vayan a buscarlas!-

Todos obedecieron al instante y con antorcha en mano se internaron en el bosque. Ranbac por su parte siguió echando maldiciones hasta que decidió entrar en el carruaje nuevamente, con el objetivo de verificar que ninguna cadena estuviera mal puesta. Dentro había hombres y mujeres, todos casi inconscientes y atados desde las muñecas hacia las paredes.

-Las cadenas están bien. ¿Cómo han logrado soltarse esas dos?-

Ranbac salió pensativo y cerró todo. Afuera no quedaba nadie, así que espero hasta que comenzaron a volver los demás. Ninguno logró dar con algo, enfureciendo aún más a Ranbac quien parecía a punto de volverse loco, aunque logró controlarse.

-Escuchen imbéciles. Me da igual quien fue el que haya atado a esas mujeres, pero somos esclavistas que en parte trabajan para Zazac. Si no le llevamos lo que quiere, estamos muertos. Tenemos que atrapar a esas mujeres si o si, y me da igual que tengamos que recorrer todo el maldito bosque para lograrlo-

-Pero...-

-¡Nada de peros! En la mañana saldremos a buscarlas y espero que las encontremos, porque si no lo hacemos, ya podemos colgarnos cada uno

por cuenta propia antes que Zazac lo haga por nosotros-

Evidentemente la perspectiva no era nada buena porque todos abrieron los ojos, claramente asustados, y se miraron entre sí con nerviosismo. Ranbac por su parte se fue a dormir, consideraron que lo mejor era esperar las primeras luces del sol para comenzar el rastreo, sin embargo, la noche se haría eterna para todos ellos.

Rebecca y Selem corrían tan rápido como les permitía la oscuridad del bosque. Habían permanecido con los ojos cerrados durante todo el viaje para que estuvieran adecuados a la noche, pensando que los esclavistas se detendrían para un leve descanso. Hacía ya un día que uno de ellos les había abierto las cadenas, un movimiento que hizo en secreto, aprovechando la borrachera de quien portaba las llaves. Según sus propias palabras, se había unido al grupo para poder facilitar información a los nobles de su reino, quienes querían a toda costa capturar al grupo, pero el proceso estaba demorando más de lo pensado.

-Esperen hasta que lleguemos al bosque. Golpearé el costado de la carreta cuando eso pase. De seguro el líder nos hará descansar allí y pedirá a alguien que les de comida. Usen ese momento para escapar directo al bosque, sin mirar atrás. Será su única opción de libertad-

Rebecca le había mirado incrédula, casi como si estuviera soñando. De sus labios salió solo una pregunta para así verificar que todo aquello era real.

-¿Por que nosotras?-

El tipo no tardó en responder.

-Los demás están muy débiles, así que no lograrán huir. No pude ayudarlos antes porque estábamos en terreno abierto, pero ustedes han contado con suerte. Tienen la fuerza y estamos cerca del bosque, así que pueden intentarlo. Demás está decirles que si las atrapan, no habrá otra oportunidad. Corran con todas sus fuerzas-

El tipo se despidió de ellas dándoles palmadas en sus cabezas y luego cerró la puerta sin hacer el menor ruido. No lograron saber quién era porque llevaba una bolsa de cuero sobre su cabeza, seguramente para que no lo reconocieran en caso que ellas no lograrán escapar. Pero el sujeto les había dado esperanza, así que ocuparían la oportunidad sin temor alguno. La espera se hizo eterna, pero al cabo de unos días sintieron el golpe del costado, algo innecesario porque los hombres constantemente mencionaban el bosque como un lugar poco apropiado para las carretas. Entonces llegó el momento, cuando escucharon a Paolo maldecir por lo bajo por tener que abrir la puerta. De un salto, salieron al frío de la noche, juntas y tomadas de la mano. Corrieron con todas sus fuerzas por entre el ramaje y más de una vez estuvieron a punto de caerse al suelo. No miraron hacia atrás en ningún momento y solo se detuvieron cuando sus fuerzas menguaron por completo.

-Vendrán a buscarnos- Dijo Selem -Tenemos que ocultarnos-

-¿Subimos a los árboles?-

-No tengo fuerzas para eso-

-Entonces al suelo-

Rebecca ayudó a Selem a cubrirse de hojas muertas y luego ella hizo lo mismo, pero un poco más lejos, para que no pareciera algo poco natural. Justo como había dicho Selem, los hombres habían salido a buscarlas

llevando cada uno una antorcha. Uno de ellos estuvo a punto de atraparlas, pero el disfraz superó la prueba y el despistado pasó de largo. Pasado el momento, esperaron un largo rato sin hacer movimiento hasta que Selem llamó a Rebecca.

-Creo que se han ido-

-Si. No escucho voces-

Rebecca se acercó y ayudó a su amiga para ponerse de pie. Alegres a más no poder, ambas se abrazaron fuertemente. Estaban libres, libres de la pesadilla que llevaban viviendo. Ahora solo debían seguir alejándose y buscar un lugar donde esconderse para el amanecer, porque de seguro el grupo buscaría mucho más lejos y más exhaustivamente.

-Tenemos que movernos- Dijo Rebecca.

Comenzaron a caminar tan rápido como les permitían sus débiles piernas, pero no lograron avanzar mucho antes de que algo las detuviera en seco. Era un ruido, un ruido de hojas moviéndose, como si algo estuviera caminando directamente hacia ellas.

-Nos atraparon- Dijo Selem horrorizada.

-No si puedo evitarlo- Dijo Rebecca, quien se puso tras un árbol y esperó. Selem hizo lo mismo, pero de pronto el ruido se detuvo, a una pequeña distancia, como si el sujeto hubiese adivinado la emboscada. Rebecca miró hacia el lugar, pero no vio nada más que hierba.

-¿Será que no son ellos?- Pregunto Selem, asomándose también para ver

que había más allá -No veo nada que...-

Pero no fue capaz de terminar su frase antes de verse envuelta en una completa oscuridad. Desde las sombras, un extraño objeto salió sorpresivamente y había saltado hacia su rostro. En cuestión de segundos, Selem sintió como unas delgadas patas se aferraban fuertemente a su nuca y como algo viscoso y delgado rodeaba su cuello. Aterrorizada, trató de gritar lo más alto que pudo, pero solo logró emitir un pequeño ruido.

-¡Selem!- Gritó Rebecca y se lanzó en su ayuda.

La oscuridad no le permitía ver bien que tenía su amiga en el rostro, pero tanteando con sus manos noto que era algo parecido a una araña. Trató de quitársela, pero todo intento era un esfuerzo inútil. La criatura estaba fuertemente agarrada.

-Selem, escuchame. Te sacaré esta cosa pero ayúdame a empujarla-

Sin embargo, al intentar nuevamente, Rebecca escuchó otro ruido cercano. Instintivamente volvió la mirada y por un momento vio una extraña sombra sobre una rama, aunque luego la perdió de vista. Entonces algo frío comenzó a apretarle el cuello mientras ella, en su desesperación, entendió que era lo mismo que había saltado sobre Selem.

Ambas mujeres ahora peleaban en silencio, jalando con la poca fuerza que tenían, pero las criaturas no cedían ni un ápice. El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse ante un sueño que llegaba rápido e imperturbable, un sueño que duraría toda la noche.

La primera en despertar fue Rebecca, quien de inmediato sintió un frío terrible. En un primer momento, no logró recordar nada de lo sucedido durante la noche y permaneció algo desorientada. La luz se había hecho presente en el bosque, por lo que fue fácil ver que se encontraba rodeada de árboles y una espesa maleza. Al tratar de levantarse, su mano tocó algo frío y húmedo. Sus miedos volvieron cuando se encontró con una

criatura que jamás antes había visto. Parecía una araña con las patas agarrotadas, pero con una cola muy larga. Sin pensarlo se alejó de ella rápidamente, pero la criatura no se movió o hizo intento alguno de atacarla.

-Está muerta- Suposo Rebecca.

De pronto, una voz familiar le recordó a Selem, quien estaba a unos pasos. A su lado también había una extraña criatura, totalmente inmóvil pero aun de aspecto amenazante.

-Selem. ¿Estás bien?- Preguntó Rebecca mientras levantaba la cabeza de su amiga lentamente.

-¿Ah? ¿Que? ¿Qué ha pasado?-

La chica se levantó también bastante desorientada, pero tras unos segundos recordó lo sucedido. Espantada miró hacia todos lados de forma desesperada, pero Rebecca la tranquilizó.

-Espera, espera. Están muertas-

-¿Qué dices?-

Rebecca le indicó la extraña criatura que tenía a su lado y al verla sintió escalofríos. Aun así, la curiosidad de la chica fue mayor y se acercó para verla mejor.

-¿Qué son estas cosas?-

-No tengo ni idea-

-¿Estas cosas estaban en nuestras caras? ¿Por qué?-

-Tampoco lo sé y supongo que nunca lo sabremos, pero ahora tenemos que largarnos ya. Hemos perdido mucho tiempo- Remarcó Rebecca, quien ya más tranquila al ver a su amiga sin algún daño, recordó el porqué estaban en el bosque.

Selem asintió y alejando de su mente los sucesos de la noche anterior, comenzaron a correr para adentrarse cada vez más en el bosque, o eso creían porque de pronto se dieron cuenta que habían perdido la dirección de hacia dónde ir y constantemente tenían que detenerse para elegir qué camino tomar.

-No sé hacia dónde ir- Dijo Rebecca. Estaba preocupada al ver que la imagen del bosque no cambiaba nada por mucho que avanzaran, pero Selem pareció no escucharla. Su mirada estaba perdida hacia un punto lejano.

-Espera- Dijo de pronto -Escucho voces-

-¿Qué?- Preguntó Rebecca.

En efecto, a lo lejos podían escucharse voces que se acercaban a ellas. Por un momento quedaron estáticas al darse cuenta que, sin saberlo, habían corrido directamente hacia sus captores. De inmediato trataron de enmendar su error y dieron media vuelta, pero a lo lejos un tipo alto ya

las había visto y las observaba con una sonrisa malévola en su rostro.

-¡Hey, las encontré!- Gritó el hombre.

El amanecer pareció tardar una eternidad para el grupo de Ranbac, y es que ninguno de ellos logró conciliar el sueño durante toda la noche. La preocupación casi podía palpase.

Por tanto, sin esperar ninguna orden, se lanzaron en la búsqueda de las fugitivas, como una gran manada en busca de su presa. Revisaron cada rincón que consideraron podría ser un un gran escondite, pero no lograron encontrar nada. Además, ninguno sabía rastrear muy bien, así que cada cual caminaba por donde pensaba que podrían haber escapado ambas mujeres, generando confusión al mezclar las posibles huellas de las prófugas con las de ellos.

-Si las encontramos, les romperé las piernas para que no puedan escapar de nuevo-

-Ni lo intentes. Si tienen algún rasguño, el mismo Ranbac te cortara las manos. Zazac es muy quisquilloso con lo que le llevan-

Los hombres siguieron revisando cada metro del bosque, pero nada daba indicio de que pudieran lograr algo. Ranbac estaba decidido a no marcharse, con la idea de encontrar incluso los cuerpos en el peor de los casos, pero de pronto uno de ellos dio el grito que todos ansiaban escuchar.

-¡Hey, las encontré!-

Gritos de júbilo se escucharon en el bosque y todos corrieron llenos de alegría, adentrándose hacia el lugar indicado. Pronto se encontraron con las mujeres, quienes intentaron escapar nuevamente, pero sus intentos fueron inútiles.

-¡Noooo!- Gritó Rebecca, llorando a lágrima viva cuando uno de los hombres le dio alcance.

Selem por su parte trataba de morder, dar patadas, pero el grupo era muy numeroso y entre todos las controlaron muy bien. Ranbac dio la orden de no tocarles ni un pelo y llevarlas directo al carruaje, aunque para facilitar las tareas a cada una le obligó beber un líquido que las puso a dormir casi de inmediato.

-Cortesía de Zazac- Dijo riendo Ranbac, evidentemente aliviado por haberlas encontrado- Ahora ponganlas en el carruaje. Nos largamos de este maldito bosque-

Los hombres celebraron la captura y se aseguraron de encadenar bien a las mujeres. Luego, Ranbac habló que no indagaría sobre quién había olvidado asegurar las cadenas, pero que si volvía a ocurrir, le cortaría los dedos al responsable. El grupo avanzó todo el día hasta que en la noche lograron salir a campo abierto. No se detuvieron a descansar, con tal de ganar el terreno que habían perdido por el infame escape.

-Veo el castillo- Dijo alguien de los que iba delante.

-Bien. Supongo que llegaremos con el amanecer- Dijo Ranbac.

Al salir el sol, los hombres lograron apreciar de mejor manera el fabuloso castillo del señor Zazac. Este era de un color blanco cremoso, aunque algunos decían que parecía tener un tono amarillento. Numerosa vegetación se podía ver en la cúspide de algunas de sus murallas y en las ventanas más bajas, algo que concordaba con el lugar donde había sido erigido: El centro de un pequeño lago. Alimentado con el caudal de un río cercano, el lago le daba una protección natural, permitiendo la entrada solamente a través de un corto puente construido únicamente con piedra. Desde el ángulo que estaban, era posible ver la gran torre de guardia, que se alzaba por sobre todas las construcciones y en la cual se solía decir que el señor Zazac veía pasar la mañana.

-Seguramente ya nos haya visto- Dijo Barec.

Las carretas llegaron hacia el inicio del puente, en donde se detuvieron. Barec avanzó hacia uno de los guardias que estaba afuera y habló unas cortas palabras. El guardia entró en el castillo por la enorme y única puerta que había y luego volvió, haciendo una señal de que podían entrar. Así lo hicieron y los carruajes llegaron a un recinto cuadrado cubierto de piedras y pilares. En el centro había un árbol enorme que se alzaba por sobre las murallas del castillo.

-Mis amigos, mis queridos amigos. Veo que han logrado llegar a tiempo- Dijo alguien de pronto.

Desde detrás de un pilar emergió un hombre delgado y pálido, vestido con una gran piel que lo hacía ver algo gracioso, aunque nadie dijo nada obviamente. Junto a él iban varios guardias, con las manos preparadas en las empuñaduras de sus espadas.

-Si, señor- Respondió Barec -La pausa de la guerra nos ha permitido movernos más rápido de lo normal-

-Si. Estamos en tiempos de paz no pactada por ambas partes. Las bajas han sido terribles, pero suponemos que pronto todo comenzará de nuevo. Durante la mañana volví de una reunión con el rey Dinizer, preocupado de

no estar en persona cuando llegaran. Creo que he conseguido un nuevo logro de tiempo desde el castillo del rey hacia aquí-

-Ya veo. Lo noto algo cansado-

-Si. El viaje fue agotador, pero no hablemos de eso. Vayamos al grano. ¿Han logrado dar con el encargo?-

-Si, señor. Nos costó un poco encontrar a mujeres con tales características, pero siguiendo sus instrucciones logramos cumplir-

-¡Qué maravillosa noticia! Hace un buen tiempo di un largo paseo por aquella región. No lo recordé hasta que en nuestra última plática hablamos de aquel lejano reino-

-Un deseo olvidado...-

-Así es. Entonces. ¿Puedo verlas?-

-Claro. Sígame, por favor-

Zazac siempre era así, directo a los asuntos pendientes, y aquello le gustaba a Barec porque los temas quedaban zanjados de inmediato. Al abrir el carruaje los ojos de Zazac se abrieron de felicidad e incluso una sonrisa se mostró en su rostro, algo que tan solo duró unos segundos. Su visión recorrió cada centímetro del carruaje, un momento que a Barec le pareció durar años. Estaba nervioso, sobre todo sabiendo que Zazac era quisquilloso. ¿Encontraría algo que no le gustara? ¿Algún moretón, alguna herida? Considerando la huida, lo cierto era que por el apuro no había revisado el estado de las mujeres, así que los nervios estaban a flor de

piel.

-Todo es excelente- Dijo Zazac finalmente-Estoy muy contento, mi amigo. Lleven la carga a donde siempre. ¿Les diste de la poción? Las veo muy dormidas-

-Si, señor- Respondió Barec sonriendo ampliamente -Creo que despertarán durante la tarde-

-Bien, muy bien. Quiero relajarme algo antes de comenzar la diversión. Excelente trabajo. Creo que esta vez te daré un extra por lograr llegar a tiempo a pesar de la guerra-

-¡Muchas gracias!-

Todos se alegraron al oír la noticia, pero nadie quiso hacer el acostumbrado grito. Zazac era muy raro y cualquier cosa podría entorpecer todo el negocio. En silencio, los hombres transportaron a las mujeres hacia un cuarto preparado de antemano, cubierto de paja y buena comida. Zazac se preocupaba de cuidarlas bien antes de proceder con sus asuntos. El poder de Zazac, quien era un Margrave, era tremendo, sobre todo de uno que tenía un castillo para sí mismo.

-Pueden quedarse esta noche- Dijo Zazac -Deben estar agotados-

-Muchas gracias, señor. Pero partiremos de inmediato. Estamos algo atrasados con otros encargos-

-Ya veo- Dijo Zazac -Ten, aquí esta tu paga y el extra que prometí-

Barec recibió la bolsa de cuero y notó de inmediato el peso extra que esta tenía, pero no contó el monto de inmediato. Había aprendido que apenas recibiera el dinero, lo mejor era marcharse lo más pronto posible. Zazac solía tener ideas extrañas y lo mejor era no darle tiempo para pensar. Indicando con su cabeza, Barec ordenó a sus hombres que se preparasen para marchar.

-Muy bien. Nos vemos dentro de unos meses-

-Te esperare con ansias- Dijo Zazac y despidió al grupo.

Uno a uno los carruajes fueron dando la vuelta para emprender rumbo a la entrada y perderse de vista. Barec ni siquiera miró atrás, sabiendo que Zazac tendría la vista fija en ellos hasta que ya no pudiera verlos. Cruzaron el puente y luego viraron para dirigirse al norte. Ya cuando el castillo se hizo pequeño, Rabec se tranquilizó. Siempre estaba el temor de que los llamaran de vuelta, como otras veces había pasado, pero hoy no era uno de esos días.

Zazac vio los carruajes marcharse. y en cuanto desaparecieron de la vista, se giró hacia uno de sus guardias, incapaz de aguantar más.

-Que preparen mi habitación como siempre para la noche. Iré a darme un baño y luego dormiré un poco-

-Así se hará- Dijo el guardia, quien se retiró rápidamente.

Zazac rió por lo bajo y se marchó para preparar su propia ropa. No le gustaba que sus criados lo hiciesen por él. Consideraba que tenían un pésimo gusto. Así que antes de bañarse, el mismo se dedicaba un buen tiempo a seleccionar las mejores prendas según su ánimo, un acto que los criados y los guardias agradecían profundamente porque podían leerle a la perfección, evitando así momentos desagradables.

Zazac subió las escaleras hacia su alcoba, la más alejada y donde tenía prohibido la entrada a cualquiera, sino solo a las encargadas del aseo. En algunas semanas más era probable que la guerra comenzara de nuevo y tales relajos no podrían hacerse muy seguidos. Por tanto, eran tiempos de deleite. La noche llegó y con ello la orden esperada por los guardias. Zazac indicó que trajeran a la primera muchacha, especificando muy bien cual quería. Los hombres cumplieron en breve, pero la mujer seguía dormida.

-No hay problema- Dijo Zazac -Esperaba algo así. Pueden marcharse-

Los guardias asintieron y se marcharon. Zazac se sentó a la orilla de la cama para correr el pelo de la muchacha hacia un lado. Aquella parte del juego era su favorita, donde tenía que ganarse la confianza de la mujer. Zazac usó un poco de agua para pasar por la frente de la muchacha, esperando que eso la despertase. Así fue como poco a poco los ojos de la durmiente se fueron abriendo. Algo confusa, la mujer se sentó en la cama y miró hacia todos lados.

-¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?-

Zazac sonrió por lo bajo. Había comenzado. Hablando en el idioma de la muchacha, el Margrave la tranquilizó.

-No te preocupes. Estás a salvo-

La voz hizo que la chica le prestara atención, y al verlo, notó de inmediato que este era una persona diferente a cualquier que hubiera conocido en su vida.

-¿Señor? No comprendo ¿Cómo llegué aquí?-

-Fuiste capturada por un grupo de bandidos, pero logramos rescatarte sana y salva- Mintió Zazac -Aunque lamento decirte que fuiste la única que logró sobrevivir-

-¿Que?-

La muchacha se sorprendió y luego comenzó a sollozar.

-No... Selem... no pude ayudarte- Dijo en voz baja mientras se cubría el rostro.

Zazac estaba a punto de explotar de risa, pero logró poner una expresión de dolor que simulaba comprenderla cuando ella volvió la mirada hacia él.

-Muchas gracias-

-No te preocupes. He ordenado a mis hombres que te mantuvieran en mi cama para que te recuperaras. Es la mejor del castillo-

La muchacha se sorprendió de que un señor así mostrara tanta benevolencia y sus ojos volvieron a derramar lágrimas.

-No sabe cuan agradecida estoy-

Zazac asintió complacido. El juego marchaba muy bien. Ahora solo faltaba revelarle que esperaba él de ella para poder pagar su deuda. En su mente imaginaba con placer los cambios que ocurrirían en el rostro de la muchacha cuando se enterara que el señor frente a ella no era quien pensaba. Así tenía que ser y por eso estaba dispuesto a pagar grandes sumas. Era su obsesión. La decepción en el rostro de las personas era su anhelo desde que se había convertido en Margrave.

-No sabes cuanto me alegra escuchar eso. La verdad es que...-

Era la hora. Era el momento de decir la frase que tenía pensada desde que le trajeron a la mujer durmiendo, pero antes de poder terminarla, ella se puso pálida y su mirada se mantuvo fija en un punto.

-¿Qué pasa?- Preguntó Zazac con dulzura, pero bastante molesto por haber sido interrumpido.

La mujer trató de hablar, pero no pudo. Parecía estar teniendo problemas para respirar y algo asustada se llevó la mano al pecho. Zazac se acercó para ver qué pasaba, pero entonces la mujer comenzó a gritar con una expresión de dolor evidente. Sorprendido, Zazac tropezó al dar un paso hacia atrás y cayó al suelo. Desde allí vio cómo la mujer se revolvía en su cama, gritando mientras se arañaba el pecho, rasgándose la ropa que llevaba puesta.

-¡Guardias! ¡Guardias!- Gritó Zazac poniéndose de pie.

Los pasos subiendo las escaleras le indicaron que la ayuda venía en camino. En tanto la mujer no paraba de gritar y a punto estuvo Zazac de golpearla con algo para que se callara hasta que, con horror, vió como en

el pecho de la mujer algo parecía estar empujando desde su interior.

-¡Ahhh!- Gritó horrorizado.

La sangre entonces comenzó a machar de un rojo intenso la tela rasgada, mientras la pobre mujer seguía gritando, hasta que de pronto su pecho explotó en una lluvia de sangre que cubrió todo el techo de la habitación.

Entonces llegó el silencio.

La mujer había dejado de gritar, tendida con la cabeza hacia atrás en la orilla de la cama, con una mirada de sorpresa que no entendía qué había pasado. Y tampoco lo haría porque estaba muerta.

Zazac estaba aterrado, no por la sorpresiva muerte, sino por la presencia de una extraña criatura de color blanco que había salido del agujero que presentaba la mujer en su pecho. El aturdido Zazac en su vida había visto algo así, ni en sus más horribles pesadillas. La criatura abrió la pequeña boca que tenía, mostrando sus diminutos dientes, y al instante lanzó un chillido agudo justo en el momento que la puerta de la habitación se abrió de golpe, entrando por ella los mismos guardias de antes.

Lo primero que vieron fue a la mujer muerta en la cama, pero no a la criatura, la cual se había lanzado al suelo en el momento que abrieron la puerta. Zazac, que la había seguido con la mirada, observó cómo se escurrió entre los pies de los guardias sin que estos se dieran cuenta. El cuerpo parecido al de una serpiente se perdió en la oscuridad, seguramente bajando las escaleras para ir a quien sabe donde.

-¡Señor! ¿Se encuentra bien?-

Los guardias omitieron por completo a la mujer muerta, sabiendo de antemano que posiblemente ese fuera su destino a manos de su señor. El aturdido Zazac dijo unas palabras que apenas lograron escuchar.

-¿Señor?-

-U-Una cosa salió de a-aquella mujer y se largó por la puerta-

Los guardias se miraron incrédulos y no supieron qué decir. Entonces Zazac logró volver un poco en sí y se movió tan rápido que casi choca con uno de los hombres.

-¡Miren esto!- Dijo indicando el agujero en el pecho de la mujer -¡Una cosa salió desde aquí y luego se escabulló escaleras abajo! ¡Fíjense aquí! ¡Es el rastro que dejó al largarse!-

Los guardias miraron aun sin comprender nada, pero en el suelo vieron como una mancha de sangre seguía hacia la puerta y luego se perdía en la oscuridad.

-¡Estaba a punto de comenzar mi juego cuando esta mujer empezó a gritar! ¡Luego de su pecho salió esa... condenada cosa que no tengo idea de que era, pero me dio un susto terrible!-

Zazac hablaba sin parar, explicando toda la situación y tratando de hacerse comprender hasta que entendió que no había caso explicar nada, solo tenía que dar órdenes. Ya más tranquilo, irguió su cuerpo para demostrar clase y compostura.

-Quiero que sigan ese maldito rastro y encuentren esa cosa. No pienso irme a dormir hasta averiguar que es- Dijo decidido -Y que un grupo salga en busca de esos malditos bandidos. ¡No pienso perdonarles esta ofensa!-

Los guardias asintieron y salieron de la habitación para buscar antorchas. Zazac llamó a los criados para que sacaran el cuerpo de la mujer y cambiaran toda la cama.

-¡Y quiero que...!- Ordenaba Zazac antes que un nuevo grito, esta vez de otra mujer, le reviviera las horrorosas imágenes que había visto.

El grito ahora provenía desde las habitaciones inferiores, donde habían dejado a las mujeres traídas por los bandidos. Acompañado de varios guardias, Zazac bajó y abrió la puerta para encontrarse con el otro encargo, muerta, y en similares condiciones que la anterior. En su pecho había un gran agujero y en el suelo estaba el rastro de sangre: Otra de esas cosas se había arrastrado por debajo de la puerta y se había perdido en la oscuridad.

-¿Qué mierda está pasando aquí?- Se preguntó Zazac, quien de inmediato ordenó que vigilaran a los demás prisioneros.

-Si alguien comienza a gritar, esperan a que esa cosa salga de su pecho y lo capturan. No me importa si es vivo o muerto. Solo quiero ver que cosa es. ¿Han salido ya soldados en búsqueda de esos bastardos?-

-No señor. Están preparando los caballos-

-Muy bien. Que salgan en cuanto puedan. Si alguien puede saber qué está pasando aquí, son ellos-

Zazac ayudó un poco en la búsqueda de las criaturas, pero el rastro se perdía en los pasillos del castillo. Al final nadie dio con algo y la mañana llegó sin novedad. Furioso, Zazac se fue a dormir, pensando que al despertar le tendrían mejores noticias. No podría estar más equivocado.

Capítulo 6

Capítulo 6

- La Expansión -

La mañana llegó, con un frío inesperado para la época del año. Uno a uno los hombres fueron desperezándose hasta que Alkraz los llamó a todos para dar las instrucciones del día. El grupo no tardó en reunirse alrededor de su líder, a excepción de los que habían sido atacados y que aún seguían profundamente dormidos. Para sorpresa de todos, durante la noche las criaturas que habían tenido en sus rostros se soltaron. Una a una fueron aflojando las delgadas patas y la cola que tenían alrededor del cuello de sus víctimas, para quedar muertas a un lado, inmóviles. Nadie quiso tocarlas hasta que Alkraz mismo, curioso por todo el asunto, tomó una de ellas para inspeccionarla. Fue inútil. No había visto algo así en su vida, así que la arrojó a un lado y ordenó que hicieran lo mismo con las demás, aunque después indicó que conservaran una en caso que encontrasen a alguien que supiera de ellas.

-Esperaremos un poco para seguir hacia el norte. ¿Que me dicen de los soldados?-

-Aún están ahí-

-Era de esperarse. Bueno, demás está decir que nuestros planes no han cambiado, así que empezamos a movernos ahora mismo. Pero primero veamos si podemos despertar a los demás-

-¿Y cómo hacemos eso?-

-Creo que la mejor forma es esta- Respondió Alkraz a la vez que se acercaba hacia uno de los dormidos y le lanzaba agua en el rostro. El

hombre se despertó asustado, lanzando manotazos al aire.

-¿Qué? Mierda ¿Qué pasó?- Preguntó.

-Eso queremos saber nosotros- Dijo Alkraz.

El pobre tipo pareció no entender la pregunta, pero casi de inmediato los recuerdos volvieron. Aterrado, se tocó el rostro con ambas manos, palpando en diferentes partes, pero Alkraz lo tranquilizó.

-No tienes nada. Lo que tenias en el rostro, ahora está muerta-

-¿Ah sí? ¿Y qué era?- Preguntó incrédulo el hombre.

-No tengo idea, pero ahora dime, ¿Qué pasó cuando esa cosa saltó a tu rostro?-

El pobre sujeto guardó silencio un instante antes de responder, seguramente reviviendo el aterrador momento que pasó.

-Lo único que recuerdo es a mi tratando de sacarme lo que fuera que tuviera en mi cara. Después de eso, nada-

Alkraz asintió.

-¿Y no te sientes mal? ¿Algún daño?-

El hombre se puso de pie y comenzó a dar saltos y mover su cuerpo, una escena cómica entre la tensión del ambiente.

-No. Nada. Todo está bien- Concluyó.

-Bien. Entonces no hay problemas en marchar ahora. Despierten a los demás-

-Pero... ¿Por qué esas cosas nos atacaron?-

Todos los demás se miraron unos a otros, pero Alkraz, quien había pensado en eso toda la noche, respondió tajantemente.

-Eso tampoco lo sé y ahora no importa. Si no nos movemos ya, puedo asegurarles que el problema no serán esas malditas arañas, sino los soldados que nos persiguen- Dijo tajantemente, dejando en claro que no se hablaría más del tema.

Dicho esto, todos asintieron y comenzaron a preparar sus cosas mientras Alkraz seleccionaba a un par de hombres para cavar una tumba para el único miembro que había muerto durante el ataque. Nadie dijo nada cuando cubrían el cuerpo con tierra. Era la despedida habitual para un bandido. Una vez hecho eso, el grupo partió hacia el norte.

Los exploradores se separaron y de vez en cuando volvían para informar. Los soldados permanecían en su sitio y al parecer no estaban pendientes de seguirles el rastro, considerando que no habían dispuestos sus propios exploradores para averiguar sobre su avance o seguirlos para ver qué hacían dentro del bosque.

-Quizás su objetivo solo era asustarnos. Aun así, no bajemos la guardia.

Seguiremos el plan- Dijo Alkraz cuando escuchó los informes.

El avance era lento y aburrido, en silencio, pero ya cuando caía la noche, habían logrado avanzar varias millas. Los soldados habían quedado muy atrás y seguramente con unas horas más de recorrido podrían salir del bosque para cabalgar a campo abierto, a toda velocidad hacia el lugar de reunión para entregar el libro.

-Prendan las antorchas. Mi idea es salir a campo abierto durante la mañana, pero quisiera alejarme un poco más-

Los hombres obedecieron. El paisaje nocturno ahora era iluminado por el fuego de las antorchas, dando un aspecto tétrico. En silencio, el grupo estaba atento a cualquier sonido extraño que les indicara peligro.

-¡Argh!- Gritó alguien de repente.

Alkraz giró de inmediato, pensando que era un ataque sorpresa, pero solo vio a uno de sus hombres con la mano en su pecho.

-¿Que paso?-

-No, nada... un leve dolor en mi pecho- Respondió el hombre, pero apenas había terminado la frase, el sujeto volvió a quejarse, pero esta vez más fuerte.

-¡Ahhh!-

El grito desgarró el silencio en el bosque, a la vez que el pobre tipo caía hacia un lado de su caballo para chocar contra el suelo. Su dolor era tan

intenso que a pesar del golpe al caer, siguió gritando, revolcándose mientras con su mano sujetaba su pecho firmemente. Alkraz se bajó de inmediato del caballo para intentar ayudarlo, pero antes de poder llegar vio como el pecho del sujeto se levantaba violentamente y explotaba, literalmente, en una horrible escena a la que siguió un chillido aterrador que heló la espalda de todos.

-¿Qué es eso?!- Preguntó alguien, consternado.

Una criatura había emergido desde la herida, una criatura completamente blanca y horrenda, pintada con finas líneas carmesí producto de la sangre, una criatura que daba chillidos agudos a medida que emergía hacia su libertad en una escena salida de la realidad.

Alkraz, aterrado, solo se limitó a temblar y centrar su mirada en aquel color blanco como la cera, pero instintivamente supo que aquello no era nada bueno, una amenaza como nunca antes había visto. De inmediato sacó su espada decidido a atacar, pero la criatura pareció presentirlo y se lanzó al suelo ágilmente, revelando un cuerpo similar a una serpiente, o eso al menos lograron ver antes que se perdiera entre la maleza del bosque, lanzando chillidos que se perdieron en la distancia. Pasó un largo rato antes de que alguien lograra volver en sí.

-¿Que mierda ha sido eso?-

Nadie respondió. Alkraz tenía la mirada fija en donde se había perdido la criatura, pero inconscientemente estaba caminando hacia el hombre muerto. Su mirada se desvió para ver el profundo agujero, una herida terrible que remarcaba el doloroso proceso de morir de aquella extraña manera. Aún aturdido, Alkraz limpió la sangre que impregnaba el rostro y encontró que el muerto era uno de los hombres que había sido atacado la noche anterior. Extraña coincidencia, o al parecer no, porque entonces una idea cruzó su mente, una teoría que le pareció inconcebible pero que no dejaba lugar a muchas dudas.

-No puede ser...- Dijo en un susurro, mirando hacia atrás a la vez que un

terrible miedo recorría cada parte de su cuerpo.

Allí estaban todos, con la mirada fija en su compañero caído sin poder articular palabra alguna, esperando que algo o alguien les explicase lo sucedido. Pero eso no pasaría, porque de pronto otro de ellos comenzó con los mismos dolores y cayó al suelo, retorciéndose de dolor... y la pesadilla comenzó.

Para Alkraz fue como ver todo muy lentamente. Uno a uno los sujetos que él tenía en mente fueron cayendo hacia un lado, con sus manos sujetando su pecho y gritando fuertemente. La escena se volvió un caos cuando los caballos sin jinetes huían en desbandada, mientras las demás monturas levantaban las manos en un intento de hacer lo mismo. Alkraz alcanzó a uno de los caídos y trató de controlarlo, pero un líquido caliente saltó hacia su cara, haciéndolo caer de espalda al suelo. Rápidamente limpió su rostro y encontró que el líquido no era más que sangre, la cual cubría todas sus manos, aunque eso no lo impactó tanto como la criatura que vio naciendo desde el pecho del pobre desdichado al que intentó ayudar, la cual no perdió tiempo y se arrojó al suelo para perderse de vista.

-Mierda...-

Alkraz había confirmado sus sospechas, por lo que fue completamente innecesario voltear su mirada para ver de donde provenían los demás chillidos. Era la escena de un nacimiento, una escena que quedaría por siempre grabada en su memoria. Los gritos de los hombres y la confusión fueron apagándose hasta que el silencio volvió a reinar en el bosque, como si lo ocurrido nunca hubiese pasado.

Nadie dijo una palabra durante un largo rato.

-Así que... ¿qué mierda pasó?-

-¿Acaso no viste? Una puta locura... eso fue lo que pasó-

Los sobrevivientes del incidente, aquellos que no sufrieron del repentino dolor, yacían de pie alrededor de los cuerpos de sus compañeros muertos. Todos habían ayudado a cargar cada uno de los cadáveres hacia un lado a la espera de poder cavar una tumba decente para todos. Obviamente, solo sería un gran agujero, pero al menos les daba la tranquilidad de que los cuerpos no serían alimentos de las bestias del bosque. Sin embargo, la tarea fue tensa y silenciosa. Todos dirigían sus miradas hacia el gran agujero que cada muerto tenía en su pecho, desde donde podía verse los huesos destrozados. Evidentemente, las criaturas al salir habían causado todo ese desastre y eso planteaba la pregunta... ¿cómo habían llegado ahí? Alkraz permanecía en silencio, sumido en sus pensamientos.

-Jefe. Estamos listos-

Alkraz levantó la mirada y vio que la fosa común estaba terminada. Lentamente se levantó para ayudar a llevar los cuerpos y comenzar el entierro. Fue una tarea ingrata, considerando que nunca antes había perdido tantos hombres en tan poco tiempo, sobre todo en condiciones tan extrañas.

-En solo unos días hemos perdido a varios...- Dijo alguien de pronto, una vez hubieron terminado.

-Nunca había visto algo así-

-Esto es una pesadilla-

-Jefe... ¿Había visto algo así antes?-

La conversación se detuvo en espera de una respuesta. La atención ahora estaba fija en Alkraz, miradas que buscaban consuelo y explicación de una persona que sabían había recorrido muchos lugares, regiones más allá de la frontera de los reinos más alejados, pero la mirada de Alkraz solo fue de desconcierto.

-Nunca en mi vida- Dijo tajantemente.

El silencio rotundo que se generó solo fue roto por el mismo Alkraz que volvió hablar.

-He viajado muy lejos y visto bestias exóticas de todo tipo. He conocido historias de las más espeluznantes sobre monstruos de todo tipo, pero nunca había visto algo como esto. Ni siquiera en mis peores sueños-

-No puede ser...-

-Es tal como escuchas. Lo que veo aquí es un horror sin nombre, un horror desconocido-

-Entonces... ¿Qué hacemos?-

-De momento nos dispondremos a mover lo más rápido que podamos. Tenemos que salir de este maldito bosque cuanto antes. Seguiremos viajando hacia el norte como teníamos planeado-

Asustados, todos asintieron pensando que era lo más sensato.

-Y les ordenó que no se quiten los cascos ni siquiera para dormir-

-¿Cómo?-

-Seguramente se habrán dado cuenta... o quizás alguno no lo ha hecho, pero todos los que hemos perdido han sido los que tenían esas arañas en sus rostros-

-Jefe, está diciendo que...-

-Que las culpables fueron esas malditas cosas. Creo que su objetivo era poner sus crías durante el tiempo que los hombres permanecieron dormidos-

-¡¿Qué?! Eso...-

-Es lo que creo, así que mientras estemos aquí usaremos los cascos en todo momento. Espero que nos protejan de ellas. Ahora muévanse a ordenar todo. Nos tenemos que ir ahora mismo-

Los hombres obedecieron y empezaron a montar sus caballos. En poco tiempo ya estaban listos para emprender rumbo, por lo que Alkraz no espero mas. La marcha comenzó, esperando no encontrarse con más eventos extraños y deseando que todo quedara atrás. Lamentablemente, la pesadilla sólo acababa de comenzar.